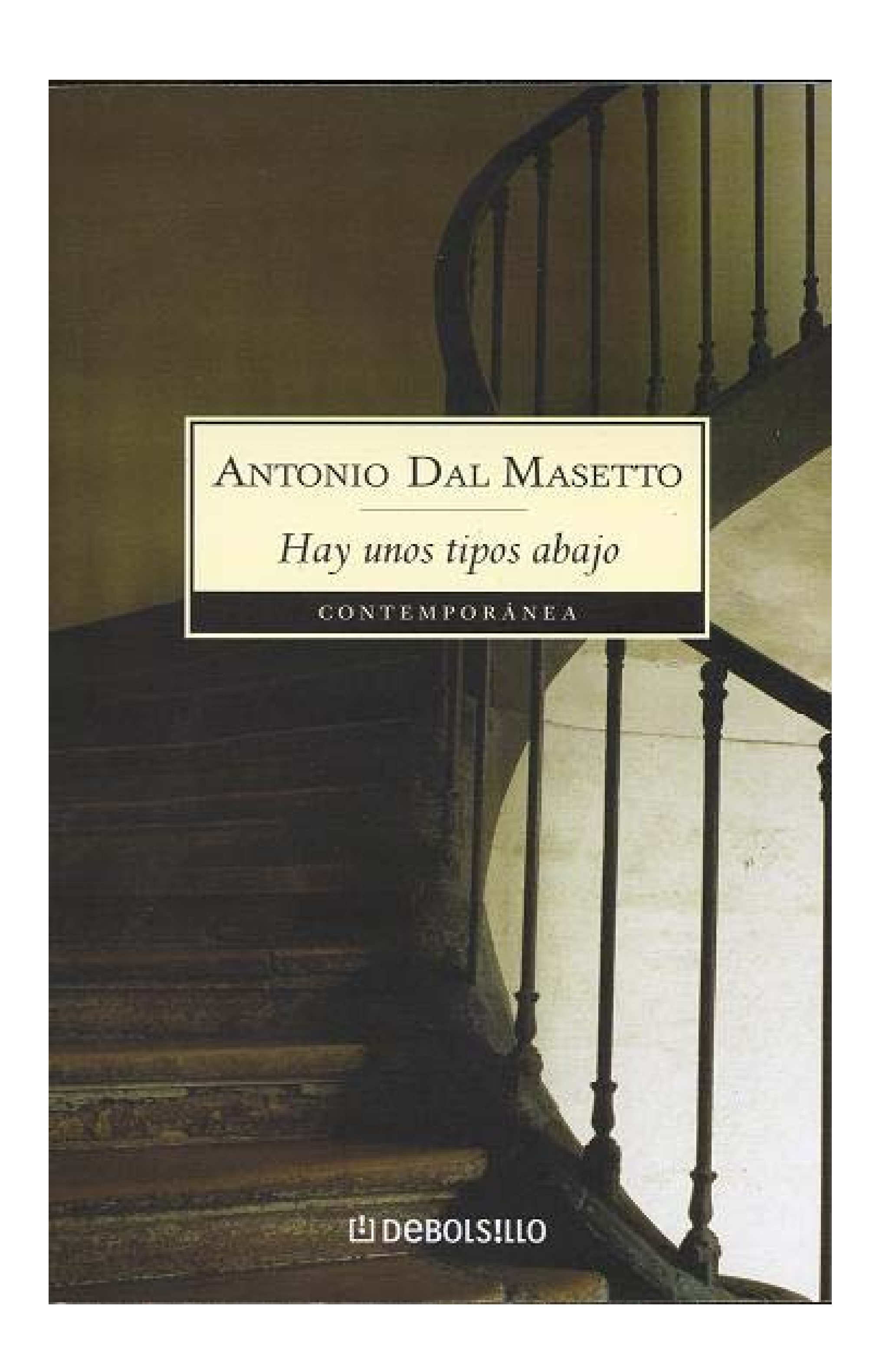

ANTONIO DAL MASETTO
Hay unos tipos abajo
CONTEMPORÁNEA
DEBOLSILLO

Nacido de padres obreros campesinos en Intra (Italia) en 1938, su familia emigró a la Argentina en 1950, después de la Segunda Guerra Mundial, para radicarse en Salto. Allí aprendió el castellano leyendo libros que elegía al azar en la biblioteca del pueblo. No es extraño, pues, que el tema de la inmigración tenga una notable presencia en algunos de sus textos, como en *Oscuramente fuerte es la vida* (1990, reeditado en Debolsillo 2006) o *La tierra incomparable* (Premio Planeta Biblioteca del Sur 1994, reeditado por Debolsillo en 2007). En su juventud ejerció oficios tan diversos como los de albañil, pintor, heladero, vendedor ambulante, empleado público o periodista. Su primer libro de cuentos, *Lacre*, 1964, mereció una mención en el Premio Casa de las Américas de La Habana. Recibió dos veces el Segundo Premio Municipal (por *Fuego a discreción*, 1983, y *Ni perros ni gatos*, 1987), y el Primer Premio Municipal y el Premio Club de los XIII por *Oscuramente fuerte es la vida*. También podemos destacar: *Siete de oro*, 1969, *Reventando corbatas*, 1988, *Amores*, 1991, con ilustraciones de Luis Pollini, *Gente del bajo*, 1995, *Demasiado cerca desaparece*, 1997, *Hay unos tipos abajo*, 1998 (llevada al cine y que ahora reeditamos en Debolsillo). Su novela *Siempre es difícil volver a casa*, 1985, (Debolsillo 2008), primera incursión en el mundo de *Bosque* (Sudamericana, 2001), también fue llevada al cine en 1992. En Sudamericana, además, publicó *El padre y otras historias*, 2002, *Crónicas argentinas*, 2003, *Tres genios en la magnolia*, 2005, *Señores más señoras*, 2006, *Fuego a discreción* y *Siete de oro*, ambas reeditadas en 2007, y *Sacrificios en días santos*, 2008. Durante años fue un asiduo colaborador del periódico *Página/12* de Buenos Aires. Sus libros fueron traducidos al francés, al italiano, al alemán y al portugués.

Hay unos tipos abajo

Antonio Dal Masetto

DEBOLSILLO

Fotografía de tapa: © Otras Imágenes

Primera edición: octubre de 2005

Segunda edición y primera bajo este sello: agosto de 2008

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11. 723.

Humberto I 531, Buenos Aires.

Publicado por Editorial Sudamericana S.A. ® bajo el sello Debolsillo

ISBN 978-987-566-413-5

www.sudamericanalibros.com.ar

1

Pablo dejó la bolsa del mercado en el piso, abrió la puerta del edificio, la aguantó con la rodilla y cuando estaba por entrar lo detuvieron unos bocinazos y gritos que se acercaban:

—Argentina, Argentina.

El alboroto impresionaba como una larga caravana, pero eran sólo tres autos que venían bajando por la calle Paraguay, con muchachas y muchachos asomándose por las ventanillas y agitando banderas. Cuando pasaron frente al edificio, una rubiecita de voz ronca echó medio cuerpo afuera, estiró los brazos hacia Pablo y le lanzó un beso:

—Argentina campeón del mundo, mi amor.

Pablo los miró irse sin hacer un gesto.

En la esquina, una pareja de ancianos que paseaba un perro se detuvo y los saludó con las manos en alto. Al perro le habían atado una cinta celeste y blanca alrededor del cogote. Los autos doblaron y los gritos y los bocinazos se perdieron por la avenida Leandro Alem. Sobre el puerto, viniendo desde el río, a muy baja altura, apareció un helicóptero y avanzó hacia la ciudad.

Los dos ancianos reanudaron la marcha y al pasar junto a Pablo le sonrieron cómplices. Pablo les contestó con una mueca y entró.

Subió en el ascensor hasta el tercer piso y al meter la llave en la cerradura oyó que detrás de él se levantaba la mirilla del departamento de su vecina Carmen. Evitó darse vuelta para no tener que iniciar una conversación. Vio, en el suelo, un papel doblado que habían deslizado por debajo de la puerta y lo levantó. Era un mensaje de Ana: "Pasé tres veces. La primera a las diez de la mañana. La segunda al mediodía. Ahora son las dos de la tarde. Te estuve llamando todo el tiempo. ¿Dónde te metiste?".

El tono imperativo de la nota lo molestó.

—¿Qué pasa con esta mujer? ¿Me controla los horarios? —dijo en voz alta mientras dejaba la bolsa sobre la mesa.

Estrujó la hoja en el puño hasta convertirla en un bollo, la arrojó al aire y la pateó con fuerza hacia un rincón. La pelotita rebotó en la pared y cayó dentro del cesto de los papeles.

—Gol —dijo satisfecho.

De todos modos, lo primero que hizo fue intentar llamar a Ana. Pero el teléfono, igual que por la mañana, seguía sin tono. Golpeó la horquilla con furia, varias veces, y colgó.

Llevó los comestibles a la cocina, guardó la carne en la heladera, destapó una botella de vino tinto y se sirvió. Se acomodó en el sillón y abrió el diario en la sección deportes. Leyó primero un comentario de Pelé sobre el partido que Italia y Brasil jugarían esa tarde por el tercer puesto. El resto de la sección estaba dedicada a la final del día siguiente, entre Argentina y Holanda: la Selección Nacional había cumplido otra jornada de trabajo en su concentración de José C. Paz, había varios jugadores afectados de anginas, el director técnico César Luis Menotti analizaba el funcionamiento y la dinámica del equipo rival. Una nota titulada "El boom de la bandera" registraba la extraordinaria venta de banderas argentinas en las últimas semanas. Los comerciantes, sorprendidos y faltos de stock, habían tenido que acelerar el aprovisionamiento. Un proveedor declaraba: "Con el Mundial, el argentinismo es un virus que prendió fuerte".

Pablo dejó el diario y pensó en la nota que le habían encargado en la revista sobre la transformación de la ciudad en el último mes. Semana a semana había visto cómo se iba produciendo ese cambio. La gente, eufórica, se había lanzado a las calles cada vez que la selección ganaba un partido. En su nota debería dedicarles un párrafo a la presencia y al entusiasmo de las mujeres. Un fenómeno nuevo. Con el Mundial se habían vuelto expertas en fútbol y participaban a la par de los hombres. La explosión mayor se había producido hacía cuatro días, al clasificarse Argentina finalista con la victoria por 6 a 0 sobre Perú. Después del partido también él había andado por la avenida 9 de Julio y las cercanías del Obelisco. Alrededor del Obelisco era donde derivaban siempre los festejos y se prolongaban hasta la madrugada. Una ciudad de fiesta, caravanas de coches embanderados, bocinas, trompetas, bares llenos y gente abrazándose. La misma ciudad donde desde hacía años la reunión de más de tres personas era vista como sospechosa. Pablo recordó la circular enviada a los medios, firmada por la

Junta Militar, con la prohibición terminante de criticar el desempeño de la Selección Nacional y a su director técnico.

Miró la hora, encendió el televisor y trajo la botella de vino desde la cocina. Los equipos de Italia y Brasil ya estaban en la cancha, habían entonado los himnos y ahora, en el círculo central, el referí y los dos capitanes sorteaban los arcos. En ese momento sonó el teléfono. "Por fin se arregló", pensó Pablo. Sin apartar los ojos de la pantalla estiró el brazo y acercó la mesita donde estaba el aparato.

Era Ana.

—Hola —dijo, y permaneció callada.

—Sí, hola —dijo Pablo.

—¿Todo bien?

Titubeaba, parecía preocupada.

—Bien —dijo Pablo.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿A qué viene la pregunta?

—¿Alguna novedad?

—Ninguna.

—¿Estás solo?

—Sí. ¿Con quién iba a estar?

—¿Qué estás haciendo?

—Mirando Brasil-Italia.

—Tengo que comentarte algo urgente.

—Te escucho.

—Por teléfono, no.

—¿De qué se trata?

—Después te explico.

—¿Algún problema?

—Voy para allá.

—¿Dónde estás?

—Cerca. En Córdoba y Maipú.

Empezó el partido y enseguida sonó el portero eléctrico. Pablo bajó el volumen del televisor y esperó a Ana con la puerta abierta. Ana le dio un beso rápido, cerró detrás de sí, se quitó el tapado, abrió la cartera, sacó los cigarrillos y encendió uno. Pegó un par de pitadas nerviosas.

—¿Qué pasa? —preguntó Pablo.

Ella buscó un cenicero en la cocina y se sentó en el sillón.

—¿Cuál es el problema? —insistió él.

Ana lo miró fijo a los ojos y dijo:

—Hay unos tipos abajo.

—¿Unos tipos?

—En un auto. Están desde la mañana. Pasé tres veces y no te encontré. Te estuve llamando.

—Tuve que ir hasta la revista por una nota que me pidieron urgente. Además, el teléfono no funcionaba. Se arregló ahora, cuando llamaste vos. ¿Qué hacías por el barrio esta mañana?

Ana esbozó un gesto vago con la mano, como quitándole importancia a lo que iba a decir:

—Fui a ver a una persona, acá a dos cuadras.

—¿Una persona? ¿Qué persona?

Ahora Ana dudó antes de contestar.

—Una astróloga.

—¿Otra más?

—Sí, otra más.

—¿Cuántas van?

—Mil. ¿Y qué hay? ¿Te molesta tanto? Son cosas mías —dijo ella levantando el tono de voz.

La reacción de Ana lo sorprendió. Trató de calmarla:

—No lo tomes así. No dije nada. Hacé de cuenta que no dije nada.

—Sí que dijiste algo.

—Fue un comentario sin importancia.

—Dejame hacer mi vida.

—Está bien.

Pablo se esforzó por sonreír. Se conocían desde hacía más de seis meses y la ingenuidad y la dependencia de Ana ante las predicciones de astrólogos y videntes lo seguían irritando como al comienzo. Se le acercó y estiró la mano para tocarle la cabeza. La intención era acariciarla, pero hubiese podido pegarle.

—Ana, mi amor —dijo sin dejar de sonreír.

Ella se echó hacia atrás con brusquedad:

—Dejame tranquila.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan nerviosa?

Ella se levantó del sillón:

—¿Me oíste o no? Hay unos tipos, raros ahí abajo, en un auto, desde la mañana. A lo mejor están desde ayer. O desde antes todavía.

—Cuando yo salí no vi a nadie. Volví hace media hora y tampoco noté nada.

—Están ahí.

—¿Dónde?

—Cruzando la calle.

—¿Frente al edificio?

—Llegando a la esquina de Reconquista.

Pablo prendió un cigarrillo y fue a pararse ante la única ventana del departamento.

2

El departamento era interno y la ventana daba a los techos alquitranados de las construcciones vecinas. Pablo se quedó mirando hacia afuera, de espaldas a Ana, tratando de reconstruir la escena de un rato antes, con los tres autos bajando por Paraguay, las bocinas y la rubia tirándole un beso. Recordó a los ancianos del perro, el helicóptero. No apareció nada más.

Había un gato durmiendo sobre la tapa de un tanque de agua. De tanto en tanto cruzaba una paloma. Más allá, en el último piso de un edificio, lenta, una mujer caminaba sin parar, paseándose de un extremo al otro del balcón. Pablo se dio vuelta:

—¿Llegando a Reconquista, dijiste?

Ana asintió.

—¿Cuántos son?

—Dos.

—Dentro de un auto.

—Sí.

—¿Pudiste verlos bien?

—Sí.

—¿Qué aspecto tienen?

—La pinta clásica.

En ese momento sonó el teléfono y Pablo atendió. Era Roberto. Eufórico, divertido, le contó un par de chismes sobre los últimos problemas internos de la selección de fútbol. Siempre tenía a mano ese tipo de informaciones porque un conocido suyo colaboraba en el equipo técnico. Le preguntó si se había enterado de la carta del capitán del seleccionado holandés a su hijita contándole maravillas de la situación en la Argentina, diciéndole que acá todo era tranquilidad y belleza, que ésta era la Copa de la Paz, y pidiéndole que no se asustara si veía algunas fotos de la

concentración con soldaditos de verde al lado de los jugadores, ya que esos eran sus amigos, estaban para cuidarlos y sus fusiles disparaban flores. La carta había sido publicada en *El Gráfico* y era falsa, un invento de la revista. Pablo lo escuchó un rato y lo interrumpió, le dijo que lo disculpara, que estaba con gente. Roberto hizo un silencio y preguntó:

—¿Algún problema?

—Ninguno. Te llamo más tarde.

—Acá Sara pregunta cuándo pasás a vernos.

—En cualquier momento me doy una vuelta. Tenemos que arreglar. Te llamo después.

Colgó, tomó un trago de vino y se puso la campera.

—Enseguida vuelvo —dijo.

—¿Adónde vas? —preguntó Ana.

—Bajo un minuto.

—¿A qué?

—Quiero verlos.

—¿Ver qué?

—A los tipos.

—¿Para qué?

Pablo se dirigió a la puerta y, mientras salía del departamento, repitió:

—Quiero verlos.

Ana se levantó y manoteó su tapado y su cartera:

—Voy con vos.

Lo alcanzó cuando estaba cerrando el ascensor. Bajaron los tres pisos sin hablar, recorrieron el pasillo de entrada y antes de llegar a la puerta del edificio ella lo contuvo:

—No tiene sentido esto de ir a mirarlos.

—Quiero ver —dijo Pablo.

Salió a la vereda, levantó la cara al cielo y la luz lo obligó a cerrar los ojos, Ana lo siguió, lo tomó del brazo y se dirigieron hacia la esquina. En efecto, allá estaba el auto estacionado: Peugeot, azul. Cuando pasaron, Pablo giró la cabeza y su mirada se encontró con la del hombre sentado al volante. Sintió la mano de Ana que le oprimía la muñeca y lo impulsaba a apurar el paso. Doblaron.

—¿Estás loco o qué te pasa? —dijo ella.

—¿Por qué loco?

—¿Cómo se te ocurre mirarlos así? Eso es como una provocación.

—¿Por qué no iba a mirarlos? Ellos también nos miraron.

—Ahora son tres.

—Ya vi.

Llegaron a Córdoba y tomaron hacia la 9 de Julio. Las calles estaban casi vacías a esa hora del sábado. En las vidrieras de todos los negocios había afiches del Mundial. Varios de los autos que pasaron llevaban en los vidrios la calcomanía que decía: *Los argentinos somos derechos y humanos.* En la esquina de Florida había un grupo de gente mirando hacia arriba. Tenían aspecto de alemanes. Una mujer les hablaba señalando el frente del edificio del Círculo Naval. Obstruían el paso y Ana y Pablo tuvieron que dar un pequeño rodeo para esquivarlos. Anduvieron un par de cuadras más, sin intercambiar palabras, Ana siempre apretando el brazo de Pablo y obligándolo a una marcha acelerada. Antes de llegar a Carlos Pellegrini, Pablo se detuvo y se desprendió de ella:

—¿Adónde vamos tan apurados?

Estaba parado en la mitad de la vereda, miraba el suelo frente a él y había abierto un poco los brazos, pidiendo explicación. Permaneció así unos largos segundos, pero Ana no le contestó. Se vio a sí mismo en esa postura, esperando, se sintió ridículo y esto lo irritó todavía más.

—¿Adónde? —insistió, poniéndose las manos en los bolsillos *y* levantando el tono de voz.

—A ninguna parte. Estamos caminando —dijo ella.

—Entonces caminemos como personas normales.

—Estamos caminando normalmente.

—¿A vos te parece que sí? Me trajiste a la rastra hasta acá.

—No grites. Vinimos un poco rápido.

—¿Un poco?

—Está bien, tranquilizate.

—¿Quién nos persigue?

—Nadie. Nadie nos persigue.

—No robamos nada.

—Está bien.

—No matamos a nadie.

—Tranquilizate de una vez.

—Yo estoy tranquilo. No sé lo que te está pasando. Ni que fuéramos dos criminales.

—¿Por qué no nos calmamos?

—La que tiene que calmarse sos vos.

—¿Vamos a seguir discutiendo en medio de la calle?

Pablo se alejó unos metros. Ana lo dejó ir. Después lo siguió y se le puso al lado:

—Por qué no nos sentamos a tomar un café.

—Bien, tomemos un café.

—¿Adónde vamos?

—A cualquier parte. Pero caminando despacio.

—Bueno.

—No soy ningún fugitivo.

—Bueno.

Se metieron en un bar angosto y poco iluminado, sobre Viamonte. Estaba casi vacío. Tres hombres tomaban cerveza en una mesa cerca de la entrada. Sentada en un taburete de la barra, una mujer conversaba con el tipo canoso de la caja. En realidad, sólo se la oía a ella. De tanto en tanto le apuntaba al canoso con el dedo y soltaba una carcajada breve y ahogada, sacudiendo mucho los hombros. La risa se transformaba en tos, la mujer se doblaba sobre el mostrador y apoyaba la frente en un brazo. Permanecía en esa posición hasta calmarse, después reiniciaba el monólogo. Desde el fondo del local llegaba la voz del locutor transmitiendo el partido Italia-Brasil.

3

Pidieron café y esperaron sin hablar. Se habían sentado de manera que ambos podían mirar hacia la calle. También en ese bar había afiches del Mundial en la vidriera y en las paredes. En la mesa cerca de la puerta, dos de los hombres hablaban alto, casi no se entendía lo que decían y daba la impresión de que en cualquier momento iban a pelearse. El tercero permanecía rígido en su silla, con el mentón sobre el pecho. Parecía dormido, aunque tenía los ojos abiertos. Uno sirvió cerveza hasta que los vasos rebalsaron y la botella se vació. La cerveza corrió por la mesa e intentó secarla con servilletas de papel que fue arrojando al piso. El otro le reprochó la torpeza y le tiró un cachetazo que le rozó la cara. En el manoseo que siguió volcaron un vaso.

Pablo miró al canoso de la caja y al mozo, los vio tranquilos y se acordó de la nota que le habían pedido en la revista sobre la transformación de la ciudad en las últimas semanas. Se preguntó si también esta tolerancia era consecuencia de la euforia que había traído el Mundial y si un mes antes, a esta altura de las cosas, ya no hubiesen intentado echar a los tipos o llamado a la policía para que se los llevaran.

Los de la entrada pidieron otra cerveza. El mozo se la llevó y se quedó esperando que le pagaran. En la radio, la voz del locutor fue subiendo de tono y explotó en un largo grito que no terminaba nunca. Los dos hombres se dieron vuelta hacia la caja.

—¿Gol de quién? —preguntó uno.

—De Italia —informó el canoso.

Cuando el mozo trajo los cafés a la mesa de Ana y Pablo comentó satisfecho:

—Otro día de duelo nacional para los macacos brasileros.

Pablo asintió moviendo la cabeza.

El mozo dejó la bandeja en un extremo del mostrador, sacó los cigarrillos y le convidó uno a la mujer. Mientras se lo encendía le habló al oído. Ella rió, se ahogó y tosió, sacudiéndose sobre el taburete alto. Ana echó azúcar en su café, lo revolvió, tomó un sorbo mirando a Pablo por encima del pocillo y preguntó:

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—No sé, decí algo.

—¿Sobre qué?

—Sobre los tipos de la esquina. Ahora los viste vos también.

—Los vi, ¿y con eso qué?

—Que están ahí.

—Sí, están.

—Bueno, decí algo.

—¿Algo como qué?

Ana respiró hondo, se pasó una mano por la frente y volvió a mirarlo fijo:

—¿Me estás tomando el pelo?

—Para nada.

—Esto no es gracioso.

—¿Quién dijo que es gracioso? ¿Yo dije que es gracioso?

—Dejá de hacerte el idiota —murmuró ella y prendió un cigarrillo.

El primer tiempo del partido había terminado. Uno de los hombres de la entrada se levantó, vino hacia el fondo con paso inseguro, se detuvo junto a la caja, auguró que al día siguiente el equipo argentino ganaría por 4 a 0 y que en el futuro jamás volvería a conocer la derrota. Siguió para el baño. Por la calle pasó un patrullero tocando la sirena, adentro se llenó de estruendo y los vidrios y los espejos vibraron. El patrullero se alejó, se perdió y fue como si en la penumbra del local se hubiera instalado un gran silencio. Después volvieron a imponerse la voz del locutor en la radio y la tos de la mujer en la barra.

La cercanía y la violencia de la sirena le habían provocado a Pablo una opresión en la boca del estómago. Respiró hondo tratando de eliminar el malestar. Tomó un trago de agua y ahora fue él quien volvió al tema de los tipos frente a su casa.

—¿A qué hora me dijiste que pasaste por primera vez? —preguntó.

—Serían las diez.

—Y ya estaban.

—Sí.

—Y volviste a pasar al mediodía.

—Un poco después de las doce.

—¿Era siempre el mismo auto que vimos recién?

—Me parece que sí. No podría asegurarlo.

—¿Las otras veces estaba estacionado ahí mismo o fue cambiando de lugar?

—Para mí que no se movió en todo el tiempo.

Ana apagó el pucho en el cenicero y después su mano siguió repitiendo mecánicamente el mismo gesto.

—¿En qué te quedaste pensando? —preguntó Pablo.

—En que el tuyo es el único edificio de departamentos de la cuadra —dijo ella, mientras aplastaba una vez más el filtro del cigarrillo.

Pablo cambió de posición en la silla y no dijo nada. Ana lo miró:

—En eso me quedé pensando.

—No empecemos con las asociaciones raras.

—¿Raras?

La puerta del bar se abrió y aparecieron dos hombres. Uno de traje, el otro con campera de cuero. No avanzaron. Estuvieron detenidos allá, mirando para adentro como si buscaran a alguien. Por debajo de la mesa, la mano de Ana se apoyó en el muslo de Pablo y apretó con fuerza. Pablo sintió las uñas a través de la tela del pantalón.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

Estuvo a punto de tomar la mano de Ana y apartarla de su pierna. Pero no lo hizo. El canoso, la mujer y el mozo habían dejado de hablar y permanecían pendientes de los dos parados en la entrada. Los tipos intercambiaron un par de frases, dieron media vuelta y se fueron. Pablo volvió a preguntar:

—¿Qué pasa?

Ana retiró la mano y recién entonces contestó:

—Nada.

Pablo sintió que su irritación crecía otra vez. Intentó controlarla pero no pudo.

—¿Cómo nada? —dijo de mal modo.

—Estoy muy nerviosa. Disculpame.

Ana prendió un cigarrillo. Pablo levantó el brazo para llamar al mozo.

—¿Otro café? —le preguntó a Ana.

Ella asintió.

—Dos —le dijo Pablo al mozo que se acercaba.

Advirtió que en la radio se había reanudado la transmisión del partido y se esforzó por prestar atención. Ana, un codo apoyado en la mesa, se sostenía la cabeza en la mano y fumaba subiendo y bajando el cigarrillo muy lentamente, como si le pesara. Mantenía los ojos cerrados. Se le habían acentuado las dos arrugas junto a la boca y le había aparecido otra, gruesa, cruzándole la frente. Pablo dejó de oír al locutor y regresaron las imágenes de la calle donde vivía, la luz que lo había golpeado en el momento de salir del edificio y aquel auto oscuro en el extremo de la cuadra vacía. Sacudió la cabeza y murmuró:

—No.

Ana abrió los ojos.

—No, ¿qué? —preguntó.

La mano de Pablo se movió por encima de la mesa, como apartando algo en el aire.

—¿Qué significa "no"? —insistió ella.

—Que no tiene sentido.

—¿Qué cosa?

—Pensar que están ahí por mí. No hay ninguna razón.

—Eso nunca se sabe. Sus razones las conocen solamente ellos.

—No tengo nada que esconder. En mi vida me metí en política.

—Pero tuviste amigos que sí se metieron.

—Si es por eso, tendríamos que estar todos exiliados.

—Esa es precisamente la cuestión: si no estás con ellos, estás en contra. Acordate que hace dos meses te pincharon el teléfono.

—Así parece.

—¿Parece o te lo pincharon?

—Por lo que pude averiguar daría la impresión de que estaba pinchado.

—Y seguro que todavía sigue así.

—Puede ser.

—La correspondencia que llega del exterior te la entregan abierta.

—Le debe pasar a todo el mundo.

—¿Eso te sirve de consuelo?

Pablo no le contestó. Se quedó pensando. Dijo:

—De todos modos, si esos tipos quisieran espiar a alguien no se mostrarían. ¿No te parece?

—Qué sé yo.

—Cualquiera se da cuenta de quiénes son.

—A lo mejor sólo quieren intimidar.

—¿A quién?

—No sé. A quien sea.

—¿A mí?

—No dije que a vos.

—Terminemos con eso. Este asunto no da para más. ¿Por qué no cambiamos de tema?

—Está bien, hablemos de otra cosa.

4

Pero no hablaron de otra cosa. Permanecieron callados, fumando, mirando hacia la calle. Hasta que por fin Pablo preguntó:

—¿Cómo está Daniel?

—Bien.

—¿Qué pasó exactamente?

—Por lo que me contó, dos chicos de otro grado lo venían provocando desde hacía unos días, al final decidió hacerles frente y los esperó a la salida del colegio, lo empujaron y cuando cayó golpeó con la cabeza en el cordón de la vereda.

—¿El médico qué dijo?

—Está todo bien. Es nada más que el golpe.

—Menos mal.

—Pudo haber sido grave. Cada vez que pienso en eso, tiemblo.

—Ya pasó.

Ana prendió otro cigarrillo:

—Tomé la decisión: el lunes empiezo el curso para dejar de fumar.

—Gran idea.

—Podrías acompañarme.

—Todavía no estoy preparado.

—¿Qué tenés que pensar tanto?

—Cada cual tiene sus tiempos.

En la mesa de la entrada las voces volvieron a subir de tono.

—Mozo, que sea otra —gritó uno de los tipos levantando la botella vacía.

—La última —les avisó el canoso de la caja.

—¿Qué pasa? —dijo el tipo—. ¿No se las pagamos?

—La última —repitió el canoso—. Vamos a cerrar.

El mozo les llevó la botella y otra vez se quedó parado junto a ellos, esperando. Demoraron bastante para pagarle. Se revisaban los bolsillos e iban depositando papeles, llaves y monedas sobre la mesa. Uno le mostró una tarjeta al otro, hizo un comentario y rió. Ambos buscaron la complicidad del mozo, pero no encontraron eco. Por fin apareció un billete y pudieron pagar. El mozo les dejó el vuelto y regresó junto a la mujer.

Ana se levantó y fue al baño. Hacia la entrada hubo ruido y movimiento. Los dos tipos se estaban manoteando por encima de la mesa. En el forcejeo voltearon la botella que se estrelló contra las baldosas. Uno de ellos, al echarse hacia atrás para evitar los golpes, se fue de espaldas al piso sin separarse de la silla y quedó en la misma posición en que había estado sentado.

—Basta —dijo el canoso de la caja en voz alta.

El mozo se acercó rápido al hombre caído, lo tomó de un brazo, lo obligó a levantarse y lo llevó hasta la puerta. Después regresó por el otro. Ninguno opuso resistencia y logró sacarlos a la vereda a ambos. El canoso había pasado de este lado del mostrador, tenía un palo en la mano y miraba la operación desde lejos. El mozo fue por el tercer hombre. Este le dio un poco más de trabajo, porque seguía en la misma postura rígida, y lo tuvo que arrancar del asiento y llevarlo casi a la rastra.

Afuera los otros dos seguían tirándose manotazos y patadas. Pablo los veía a través del vidrio. Uno perdió el equilibrio, giró sobre sí mismo y quedó doblado contra la vidriera, dándole la espalda a su rival. El otro lo abrazó por detrás y le clavó los dientes en la nuca. El mordido empezó a saltar y a sacudirse, tratando de sacárselo de encima. Giraban juntos y a Pablo le hicieron pensar en un caballo y su jinete en una doma. Fueron a parar al medio de la calle, un auto les frenó encima y tocó bocina varias veces. Los dos, siempre pegados, siempre dando vueltas, se desplazaron hasta la vereda de enfrente, chocaron contra una cortina metálica, salieron del marco de la vidriera del bar y Pablo ya no pudo verlos.

Regresó Ana y mientras se sentaba dijo:

—De todos modos, esos tipos algo están buscando.

Pablo no le contestó enseguida, seguía mirando hacia la calle, esperando que los dos que se estaban peleando volvieran a aparecer.

—Sí —dijo—, por algún motivo están ahí.

—¿Últimamente estuviste con alguien que pudiera estar comprometido en alguna cosa, que pueda estar marcado?

Pablo hizo un gesto de impaciencia:

—Yo qué sé. Todos estamos marcados. Acá basta pensar para estar marcado.

—¿Escribiste alguna nota que pudiera resultar molesta o algo así?

—Ya sabés sobre qué escribo. Pavadas, nada más que pavadas. No le interesan a nadie.

—¿Y la revista no habrá publicado algo?

—¿Qué puede publicar esa gente?

Volvieron a callar. El mozo estaba barriendo y levantando los vidrios.

—¿Qué pasó? —preguntó Ana.

—Se pelearon.

—Estaban muy pasados de cerveza.

—Sí.

Ana dijo que dentro de un rato tendría que irse para su casa porque le traían a Daniel. Todavía disponía de un poco de tiempo y propuso caminar unas cuadras. Pablo llamó al mozo y pagó.

Cruzaron la 9 de Julio y subieron por Corrientes. Durante el trayecto no volvieron al tema de los tipos en el auto. Se fueron demorando en un par de librerías de usados y después Pablo sugirió tomar otro café.

—Ya me estoy yendo —dijo Ana mirando la hora.

—Un café rápido, cinco minutos.

Se sentaron en Los galgos, el bar de Callao y Lavalle. También ahí había sólo una mesa ocupada. En la avenida el tránsito era escaso.

—Sábado tranquilo —comentó Pablo por decir algo.

—La gente se estará reservando para la fiesta de mañana.

—Fiesta si gana Argentina.

—Igual van a festejar.

Ana volvió a mirar la hora. Preguntó:

—¿Cómo vas a hacer para volver a tu departamento?

—Como siempre. Caminando tranquilamente igual que todos los días.

Ella se quedó pensando y después, repentinamente enérgica, apoyó una mano sobre la mesa y dijo:

—No. Así, no. Caminando, no. Yo te digo cómo vamos a hacer: tomamos un taxi, pasamos, vemos cómo está el panorama y de acuerdo a eso te bajás o seguís conmigo.

—¿Y cómo querés que esté el panorama?

—Hagamos eso.

Pablo amagó una protesta, pero finalmente aceptó.

Estaba oscureciendo y se habían prendido los faroles. Pararon un taxi y le indicaron que fuera derecho por Paraguay hasta el Bajo. Bastante antes de llegar a Reconquista pudieron ver que el Peugeot no estaba. No había un solo auto estacionado en toda la cuadra.

—Se fueron —dijo Pablo en voz baja.

Ana no dijo nada.

—A mí déjeme a la vuelta —le indicó Pablo al chofer—. La señora sigue.

El taxi paró sobre Leandro Alem y Pablo bajó.

—Esta mañana mi teléfono tampoco funcionaba —dijo Ana—. Si no se arregló te llamo desde un público dentro de una hora.

El auto arrancó, Pablo vio que Ana lo estaba mirando por el vidrio trasero y saludó con la mano.

Bajo la recova, el pordiosero de cada noche ya dormía sobre su colchón de cartones, con la cabeza tapada por la manta. Pablo dio un breve rodeo para evitar los cuatro perros que le cuidaban el sueño y se enfurecían si alguien pasaba demasiado cerca.

Dobló y cuando estaba llegando a la puerta del edificio vio dos hombres parados en la otra esquina, enfrente. Permanecían apoyados contra la ochava, en actitud indolente, parecían conversar.

5

Cuando entró lo primero que hizo fue poner música: un casette de Serrat. Se sirvió un vaso de tinto y lo tomó despacio, junto a la ventana, mirando los edificios contra el cielo nocturno y la figura lenta de mujer que caminaba en el balcón... Detrás de ella, dentro del departamento, había algo de luz. La silueta de la mujer iba y venía frente a esa claridad escasa. ¿Se habría quedado ahí moviéndose sin parar desde la tarde? Pablo comenzó a inventarle una historia, una edad, una cara, pero no pudo avanzar mucho. La imagen de los tipos allá afuera, parados en la esquina, se le interponía. Durante un rato se esforzó, sin éxito, por sacárselos de la cabeza. Después, sólo por hacer algo, se puso a ordenar la mesa, que estaba tapada de carpetas, diarios y revistas.

En la Olivetti portátil había una hoja escrita hasta la mitad y leyó de parado. Era el comienzo de un relato con un hombre joven dirigiéndose en auto hacia cierta localidad de la provincia de Buenos Aires donde debía realizar una tarea importante. Antes de llegar se detenía al costado de la ruta, se subía a un árbol y se quedaba allá arriba estudiando el pueblo como si se tratara de una fortaleza a la que debía tomar por asalto.

Hacía tres días que había escrito esas treinta líneas y se dijo que ya era hora de bajar al muchacho del árbol, hacerlo entrar en el pueblo y que comenzara la acción. Llenó el vaso y se sentó. Prendió un cigarrillo, lo fumó manteniéndolo colgado del costado de la boca y cuando el filtro comenzó a quemarse todavía no se le había ocurrido nada. Sacó la hoja de la máquina, colocó una en blanco y copió rápidamente el texto anterior, sin otras modificaciones que el agregado de un par de comas. El impulso que suponía haber arrancado desde el comienzo no le sirvió de nada, porque cuando llegó al final se atascó y no pudo escribir una sola palabra más. Leyó de nuevo, puso otra hoja y volvió a copiar. Igual que antes se trabó en la última frase y desistió.

Se levantó, tomó algunos de los libros que estaban apilados en el piso, sobre la mesa y las sillas, los abrió en cualquier parte y los dejó. Pensó que debía conseguirse unas tablas, armar una estantería y poner un poco de orden en ese departamento. Por fin se tiró en el sillón y comenzó a releer el primer cuento de *Feria de agosto* de Cesare Pavese. Se detuvo en el curioso error de traducción —mariposas en lugar de amapolas— que había descubierto por casualidad, una semana antes, al cotejarlo con el texto original en una revista italiana. El error aparecía en la primera, sexta y décima línea de la primera página y se repetía seis veces más en las siguientes. Lo había marcado con cruces en los bordes. Pablo tenía el libro desde hacía años, lo hojeaba a menudo, y ahora se quedó pensando que al abrirlo, cada vez, se había encontrado con esa palabra errada que había reiterado en su cabeza la correspondiente representación errada. Después, por encima de las imágenes alternadas de amapolas y mariposas, aparecieron de nuevo los hombres de la esquina. Se le instalaron delante de los ojos y ya no pudo desalojarlos.

Pensó en ir a golpearle la puerta a su vecina Carmen, cuyo departamento daba a la calle. Seguramente lo invitaría a tomar café y entonces podría espiar hacia afuera por una de las ventanas. Estuvo a punto de hacerlo, pero la perspectiva de la larguísima charla que lo esperaba lo desanimó. Al café le seguiría la copita de licor y después una de las tantas historias de la época de militancia de Carmen en el peronismo, su amistad con Eva Perón, la relación con el senador que le había regalado ese departamento, la gente de la farándula que la visitaba siempre, actores, directores de cine, cantores de tango, las fiestas que en esos años se hacían en su casa. Y para rematar la cosa intentaría tirarle las cartas del Tarot. No era fácil desprenderse de Carmen cuando lograba atraparlo.

Dejó el libro de Pavese, tomó otro, lo abandonó también, cambió el casette, encendió el televisor. Igual que por la tarde, cuando se enteró del auto estacionado, sintió necesidad de salir y verles las caras a los tipos. Un par de veces estuvo a punto de ponerse la campera y se contuvo. "Tranquilo", murmuraba mientras iba y venía con el vaso en la mano, "tranquilo". Y, como si cada tanto tuviera que convencerse, se iba repitiendo que la aparición de esos fulanos no tenía nada que ver con él. Ninguna razón para suponer algo así. "¿Salir para qué? ¿De qué te sirve verlos?" Lo mismo le había dicho Ana. Lo más sensato era mantenerse quieto en su cueva, echar doble vuelta de llave, regular el volumen de la

televisión, abrir otro vino. Eso era lo que debía hacer. Eso era lo que intentaba hacer. Sus razonamientos trabajaban en esa dirección. Pero había una exigencia, instalada en alguna parte, que desequilibraba la balanza. Podía reconocerla porque no se trataba de una presencia nueva: era la necesidad de moverse, de ir al encuentro, de precipitar las cosas. La oscura mezcla del temor a algo y la impaciencia por enfrentarse a ese algo. Una compulsión que se le echaba encima en ciertos momentos críticos y que ahora acababa de apoderarse una vez más de su cuerpo. Su cuerpo que no dejaba de desplazarse por el departamento, que se le escapaba, que lo empujaba hacia afuera, hacia la calle.

Fue a la cocina, tomó una bolsa de plástico y metió una botella vacía. No necesitaba vino, había comprado bastante al mediodía, la botella era nada más que una excusa para justificar la salida. Inmediatamente se encontró reflexionando también sobre eso. ¿Una excusa? ¿Para qué necesitaba una excusa? Ahora se estaba moviendo a ritmo acelerado y siguió así hasta llegar a la puerta de calle. Ahí se frenó, salió a la vereda y con andar pausado, controlándose, se dirigió hacia la esquina.

Los dos tipos seguían en el mismo sitio. Pablo cruzó en diagonal hacia ellos y mientras se acercaba les dirigió una mirada rápida. Uno era alto y fornido, usaba bigote. El otro tenía el pelo entrecano y las mejillas chupadas. Estaban bien vestidos. Eso fue todo lo que pudo ver. Ambos mantenían la vista baja y Pablo tuvo la impresión de que sabían que él los estaba observando. No pudo establecer si se trataba de los mismos hombres del auto. Pasó a un par de metros, siguió hasta la mitad de la cuadra y se metió en la despensa. Había tres clientes, mujeres, tuvo que esperar. Como en todas partes, también ahí se hablaba del partido del día siguiente y el almacenero andaba más lento que de costumbre. Intentó involucrarlo en la charla y Pablo sonrió y sólo dijo:

—Vamos a ver cómo viene la mano.

Una de las clientas sacó una banderita de la bolsa de las compras y la sacudió:

—Argentina campeón.

Las otras rieron.

Pablo se impacientó y fue dos veces hasta la puerta pero no se animó a asomarse. Llegó su turno y pidió una botella de blanco. Al lado del almacén había un quiosco y compró cigarrillos.

Regresó caminando rápido y mirándose los zapatos. Al llegar a la esquina estuvo detenido en el borde de la vereda, dándoles la espalda a los dos hombres, mientras esperaba que pasaran algunos autos. Los tenía muy cerca detrás de él y prestó atención, pero no los oyó hablar. Aparecieron más autos y lo obligaron a permanecer ahí. Comenzó a sentirse expuesto e indefenso. Por fin pudo cruzar y recorrió los cincuenta metros hasta la entrada de su casa, todo el tiempo con la molesta sensación de ser observado.

Cuando llegó arriba levantó el tubo del teléfono y descubrió que estaba otra vez sin tono. Miró la hora, se dijo que Ana llamaría dentro de poco, tal vez ya estuviese llamando, y se preocuparía al no recibir respuesta. Decidió acudir a Carmen, salió al pasillo, tocó timbre pero nadie contestó. En la puerta de la vecina había una calcomanía con los colores argentinos. Regresó y dio vueltas por el departamento sin saber qué hacer. De tanto en tanto iba hasta el teléfono. Por fin volvió a ponerse la campera y bajó para llamar desde un público.

Pudo ver que los tipos seguían allá, pero ahora se fue en sentido contrario y dobló en Leandro Alem. Dio un pequeño rodeo, alejándose de la vereda, para evitar los perros del pordiosero, cruzó Córdoba y encontró un teléfono en una pizzería de 25 de Mayo. El número de Ana daba ocupado. Esperó y volvió a discar varias veces, mientras tomaba un café en la barra y miraba a dos muchachos jugando al pool. Recordó que Ana le había dicho que por la mañana su teléfono tampoco funcionaba y seguramente seguía así. Salió, subió por Tucumán hasta Carlos Pellegrini, dobló y llegó a la Avenida de Mayo. Se fue deteniendo en todos los teléfonos que encontró. Siempre ocupado. Siguió intentando, aunque sin esperanza de comunicarse. Se alejaba cada vez más de su departamento y pensó que terminaría tomando un colectivo hasta la casa de Ana.

6

Estaba discando desde otro teléfono, en un bar cerca del Congreso, cuando vio que por la entrada de la esquina acababan de aparecer tres hombres. Dos de civil, uno uniformado. Hablaron entre ellos mientras paseaban una lenta mirada por el local. El uniformado se quedó en la puerta y los otros empezaron a recorrer las mesas pidiendo documentos.

El teléfono público estaba al fondo, entre las dos puertas que daban a los baños, y desde ahí se veía el salón entero. Los clientes continuaban hablando como si no pasara nada, aunque para Pablo era evidente que todos habían advertido la presencia de los policías y esperaban que les tocara el turno. Tuvo la sensación de estar ante un escenario donde se llevaba a cabo una simulación generalizada.

Siguió con el tubo en la oreja, oyendo el tono de ocupado, mientras observaba los desplazamientos de los policías y la reacción de la gente. Casi todos suspendían las conversaciones y se quedaban esperando en silencio. Pero hubo algunos —ocurrió en dos mesas— que entregaron los documentos casi sin mirar a los policías y siguieron charlando, como ignorando o queriendo restarle importancia a la interrupción.

Pablo cortó y volvió a discar. No quería apurarse, se estaba esforzando por manejar sus tiempos con naturalidad. El bar tenía otra puerta, cerca de donde él estaba. Los policías habían dejado atrás las primeras hileras de mesas y se acercaban al fondo. Acababan de pedirles documentos a dos mujeres. Una de ellas revolvió la cartera durante un rato, se notaba que estaba nerviosa. Cuando por fin encontró la cédula y la entregó, comenzó a hablar sin que le preguntaran nada. Se esforzaba por sonreír y no paraba de hablar. El policía que estaba junto a ella asentía con secos movimientos de la cabeza. Escuchaba pero no la miraba.

Pablo colgó y se fue por la puerta lateral. Había hecho un par de metros cuando a sus espaldas sonó un silbato. Giró la cabeza y vio el

patrullero estacionado junto al cordón y un uniformado que con el dedo le hacía seña de que se acercara.

—¿Yo? —preguntó Pablo.

—Sí, usted, venga.

Pablo obedeció.

—¿Es vivo usted? —preguntó el policía.

—Entré a hablar por teléfono —se justificó Pablo.

—¿Por qué se escapaba?

—No me escapaba.

—¿Se cree muy vivo?

—No.

—Documentos.

Sacó la cédula y se la dio.

—Espere acá.

Se dirigió hacia el patrullero y Pablo amagó seguirlo. El policía se dio vuelta:

—Allá, le dije.

Pablo retrocedió dos pasos. El policía fue a entregarle la cédula a alguien que estaba dentro del auto. Pablo sabía que ahora la chequearían por el digicom. En el bar seguía el control mesa por mesa. Podía ver los movimientos a través del vidrio. Dos muchachos se levantaron y salieron escoltados por los tres policías. Eran dos flacos altos, de campera, de alrededor de veinte años. Los hicieron colocar de cara a la pared, las manos apoyadas arriba y las piernas abiertas, y los palparon de armas. Desde donde estaba Pablo no podía oír lo que les preguntaban. Tal vez no hubiese preguntas.

Después, los tres hombres se apartaron y fueron a detenerse al borde de la vereda. Tampoco parecía que hablaran entre ellos. Miraban a los muchachos que seguían con las manos levantadas. La escena quedó así, muda y fija. Atrás estaba el farol iluminando la esquina y más allá la sombra de los árboles. Pasaron dos autos. Nadie entró ni salió del bar. Alguien, una mujer, se asomó por la puerta de una casa del otro lado de la calle, vio lo que estaba pasando y volvió a meterse.

El policía giró hacia Pablo:

—Acérquese.

Pablo obedeció.

—¿A qué se dedica?

Se lo dijo.

—¿Dónde vive?

Se lo dijo.

El policía tenía la cédula en la mano y la daba vueltas de un lado y del otro. Pablo intuyó que el trámite había terminado y que sólo estaba jugando un poco antes de permitir que se marchara. En efecto, después de mirar el documento una vez más, se lo devolvió:

—Puede irse.

Pablo lo guardó en el bolsillo de la campera y se alejó. Advirtió que se estaba esforzando para que su paso fuese normal, no demasiado lento, no demasiado rápido. Se sintió tonto y se lo reprochó: ¿Qué te pasa, de qué te estás cuidando? Dobló, anduvo media cuadra y se detuvo. No quería irse sin ver cómo terminaba la cosa con los dos muchachos. Prendió un cigarrillo, dio un par de pitadas y regresó.

Cuando se asomó y miró hacia la otra esquina se sorprendió como ante una prueba de magia. El patrullero ya no estaba. No se veía a nadie por ninguna parte. Ni autos ni gente en la calle desierta. De repente había una quietud excesiva y la claridad del bar proyectada sobre la vereda era la única señal de vida.

Se fue acercando con la impresión de que sus pasos resonaban fuerte y que debían oírse desde mucha distancia. Se detuvo junto a la vidriera y miró para adentro. La mesa de los dos muchachos estaba vacía. La gente conversaba igual que antes. La música era la misma. Se quedó esperando, como si tuviera que suceder algo. Pero nada sucedía. Oyó un ruido a sus espaldas y al darse vuelta vio que en la casa de la vereda de enfrente se había abierto la puerta de antes y la mujer se asomaba, aunque no terminó de salir. En la ventana de la casa de al lado, detrás del vidrio, a medias tapada por la cortina, había otra figura de mujer, en sombra, mirando también hacia la calle.

Pablo decidió entrar en el bar y probar de nuevo con el teléfono. Se sorprendió pensando que ahí la policía ya había estado y que por el momento seguramente no volvería.

Cuando comenzó a discar vio que el mozo acababa de despejar la mesa donde habían estado los dos muchachos. Le pasó la rejilla, colocó un cenicero limpio y acomodó las sillas. Casi inmediatamente entró una pareja y se sentó.

El teléfono de Ana seguía dando señal de ocupado. Marcó el número de Roberto. Atendió Sara, la mujer. Pablo le dijo que estaba por ir a visitar a una amiga, que andaría cerca de la casa de ellos y que si no se hacía muy tarde después pasaría a tomar un café.

—Te esperamos —dijo Sara con voz entusiasta.

—No es seguro.

—Tratá de venir.

—Depende de la hora.

—Vení, no seas vago.

La insistencia y el tono de buen humor de Sara lo reconfortaron. Cuando colgó se sentía un poco mejor.

7

Tomó un colectivo derecho por Rivadavia, bajó en Primera Junta y después caminó cuatro cuadras hasta el edificio donde vivía Ana. Llamó por el portero eléctrico y esperó. No atendieron. Volvió a llamar. Recién a la tercera vez oyó la voz de Ana deformada por el aparato que preguntaba quién era.

—Soy yo, Pablo.

Subió y al salir del ascensor la encontró esperándolo en el pasillo. Estaba muy seria.

—¿Qué pasó?

Pablo la besó, le rodeó la espalda con el brazo y la empujó suavemente hacia el interior del departamento.

—Ahora te explico —le dijo.

—¿Pasó algo?

—El teléfono se me volvió a descomponer.

—Ya me di cuenta.

—¿Me estuviste llamando?

—Varias veces. Conozco una vecina del segundo piso. Su teléfono funciona.

—¿Tenés café hecho?

—Ahora preparo. Contame de una vez.

—¿Y Daniel?

—Ya se acostó.

Mientras Ana ponía a calentar agua, Pablo contó. Ella lo escuchó sin interrumpirlo y después preguntó:

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Qué cosa?

—Bajar a comprar vino.

—Qué sé yo. Me había puesto un poco intranquilo. Quería verles las caras.

—Otra vez lo mismo. Me querés decir qué ganás con verles las caras.

—Nada, no gano nada.

—¿Entonces?

—No puedo evitarlo.

—Todo al revés.

—¿Cómo al revés?

—En lugar de quedarte en tu casa, andas paseándote, mostrándote, entrando y saliendo todo el tiempo.

—No tengo por qué esconderme.

—¿Qué es: un problema de orgullo? ¿Qué tenés en la cabeza? Sos un tipo grande. Te comportás como un pendejo.

Pablo la interrumpió y trató de que su voz sonara calmada pero firme:

—Pará un momento, Ana, no empecemos de nuevo con la historia de esta tarde. A ver si nos entendemos: yo soy un tipo libre, que tiene derecho a hacer lo que se le dé la gana, no soy culpable de nada, no tengo que rendirle cuentas a nadie.

Ahora ella lo miró fijo y en sus ojos había ironía y furia al mismo tiempo.

—¿Estás muy seguro de lo que decís?

—Muy seguro.

Ana sacudió la cabeza y le dio la espalda para sacar dos tazas de la alacena. Cuando volvió a hablar ya no había enojo en su voz, sólo cansancio:

—¿A quién querés convencer? ¿En qué mundo vivís? Ese discurso no lo cree nadie y vos menos que nadie.

Pablo no le contestó. Mientras la miraba filtrar el café pensó que esas frases suyas sobre derechos y libertad debieron haber sonado realmente tontas. No necesitaba del comentario de Ana para darse cuenta. Lo había sabido en el mismo momento en que las pronunciaba. Nada más que un poco de espuma, menos que espuma. Ahora se sintió desnudado y de alguna manera indefenso, como si fuera un chico y lo hubieran pescado en falta. Ana sirvió el café, colocó las tazas en una bandeja y fueron a sentarse en el living.

—Seguí —dijo.

—Eso es todo. Cuando me di cuenta de que el teléfono había vuelto a quedarse sin tono pensé que estarías llamando, que te preocuparías, así que decidí venir a avisarte que no pasaba nada.

—¿Cómo que no pasaba nada? Los tipos estaban otra vez en la esquina, ¿no?

—Quiero decir que a mí no me había pasado nada. ¿Hace falta que te aclare todo? No me hagas hablar de más.

—Cuando llegaste estaba por bajar de nuevo al segundo. Si no contestabas pensaba llamar a Beatriz, mi amiga abogada.

—¿Y eso de qué serviría?

Ana se quedó pensando.

—No sé —dijo—. No sé. Pero igual iba a llamarla. Con alguien hay que hablar. Algo hay que intentar. ¿O no se puede hacer nada de nada?

Se levantó y fue a buscar los cigarrillos que habían quedado en la cocina. Le habló desde allá:

—¿Querés un trago de algo?

Regresó con un vaso y la botella. Los colocó sobre la mesa ratona y siguió moviéndose alrededor. De nuevo se la notaba alterada.

—¿Hielo? —preguntó.

Amagó volver a la cocina y Pablo la retuvo tomándola de un brazo:

—Ahora traigo yo. Sentate.

Ana se sentó.

—Calmate —dijo Pablo.

—¿Viniste directamente desde tu casa para acá? —preguntó ella.

—Caminé un poco buscando teléfonos de donde llamarte y después tomé un colectivo.

—¿Cómo se ve la calle?

Estuvo a punto de contarle el incidente en el bar donde le habían pedido documentos y se habían llevado a los dos muchachos. Pero prefirió no hacerlo.

—La calle se ve tranquila —contestó—. Los patrulleros dando vueltas.

—Estuve hablando con el marido de la vecina de abajo, la que me presta el teléfono. Es corredor de productos para estaciones de servicio. Trabaja las ciudades de la costa. Dos por tres aparecen cadáveres en las playas. Los trae el mar.

Era la segunda vez en pocos días que a Pablo le hablaban de eso. Hacía una semana le había contado lo mismo una fotógrafa de la revista. Los padres de la fotógrafa tenían una casa en Santa Teresita. Estaba por comentarlo cuando se oyó la voz del chico de Ana llamándola.

—¿Qué pasa, Daniel? —contestó ella.

—¿Quién está?

—Pablo, un amigo. ¿Querés saludarlo?

—No. Vení.

—¿Qué necesitás?

—Que vengas.

—¿Para qué?

—Quiero decirte algo.

—¿Qué es?

—Una cosa.

—¿Importante?

—Sí.

—¿Muy importante?

—Sí.

Mientras hablaba con su hijo a Ana se le había dulcificado la cara. Apagó el cigarrillo, se levantó y fue al dormitorio.

8

Cuando quedó solo, Pablo fue a la cocina, sacó dos cubitos de hielo de la heladera y se sirvió whisky. Se recostó en el sofá, sosteniendo el vaso sobre el pecho y recién entonces reparó en que, muy baja, sonaba una música de jazz. Mientras fumaba, la nuca contra el apoyabrazos, girando solamente los ojos como en un juego, fue tratando de descubrir algo que desentonara en la decoración del departamento. No lo encontró. Cortinas, sillones, muebles, colores de paredes, todo armonizaba. Los cuadros eran acuarelas y témperas pintadas por Ana. En cada detalle, Pablo reconocía las señales de una obsesión por el orden que a veces, cuando ella intentaba educarlo en esa dirección, lo irritaba tanto como el tema de los videntes y los tarotistas. Sin embargo le gustaba permanecer en ese lugar, tan diferente de la cueva siempre revuelta donde vivía. Cuando venía a visitar a Ana —en esas oportunidades Daniel nunca estaba— se sentaba en medio del living y disfrutaba. Ese mundo equilibrado le daba seguridad.

Tomó un trago grande de whisky, luego otro, y se sintió un poco más lejos de la noche amenazadora de allá afuera. Entrecerró los ojos y vio la ciudad nocturna, los patrulleros recorriéndola, su tramo de calle en el Bajo, poco transitada a esa hora, con las sombras de los hombres en la esquina. Después, sin proponérselo, sus pensamientos volaron hacia las playas invernales de la costa atlántica y se imaginó caminando por la franja de arena siempre igual y descubriendo los bultos oscuros de los cuerpos traídos desde mar adentro por las olas.

No soportó esas imágenes y tuvo que levantarse. Caminó hacia uno de los cuadros para mirarlo de cerca y entonces vio, reflejado en un espejo, el interior del dormitorio de Daniel. Ana estaba sentada en la cama, inclinada sobre su hijo, hablándole. No se oía la voz. En la luz tenue del velador, aquellas dos figuras se le aparecieron como una visión prodigiosa de dulzura e inocencia y Pablo se detuvo sorprendido. También ellas se

oponían a todos los males y eran un bálsamo para las dudas y los miedos. Pablo sintió que, fugazmente, volvía a él una blandura a la que hacía tiempo se había desacostumbrado. Y con la blandura, un impulso de agradecimiento. Y después la melancolía que siempre lo alcanzaba ante una manifestación de belleza capaz de conmoverlo y la evidencia de que nunca podría retenerla y poseerla. Estar ahí, espiando en el espejo, era como mirar dentro de un recuerdo. Sonó el teléfono. Fue igual que un ladrido y Pablo se sobresaltó. El aparato, oscuro, estaba sobre un mueble bajo, contra una de las paredes. Pablo se fue acercando hasta ponerse al lado, aunque sin intención de atender. Apareció Ana:

—¿Se habrá arreglado?

Levantó el tubo.

—No contesta nadie.

Golpeó la horquilla.

—Sigue sin tono.

—¿Se oye algo?

—Nada.

Colgó.

—¿Pediste reparación? —preguntó Pablo.

—Media docena de veces.

—A lo mejor están tratando de arreglarlo.

—¿A esta hora? ¿Un sábado a la noche?

Tomó el vaso que Pablo sostenía en la mano y probó el whisky.

—Mamá —llamó Daniel.

—Le estoy contando un cuento —dijo ella esforzándose por sonreír—, enseguida vengo.

Acababa de cruzar la puerta del dormitorio cuando volvió a sonar la campanilla y regresó corriendo.

—Hola —dijo—, hola.

Cortó varias veces, manteniendo el auricular en la oreja.

—No entiendo, suena y no tiene tono.

—Están mal las líneas.

Ana miraba el aparato y miraba a Pablo.

—Me pone nerviosa.

De nuevo se oyó la voz de Daniel, llamándola.

—Voy —dijo ella—, voy.

Pablo se sirvió un poco más de whisky, se puso a hojear una revista y se detuvo en un artículo titulado: "Complot contra la Argentina". Denunciaba una campaña de la subversión internacional, montada en Europa y especialmente en Francia, para boicotear el Mundial de Fútbol. Mencionaba unos afiches aparecidos recientemente en París mostrando una pelota de fútbol que proyectaba la sombra de una calavera. Lo leyó entero, seis páginas. Se puso la campera, se acercó a la puerta del dormitorio y, sin dejarse ver, llamó en voz baja:

—Ana.

—Sí —dijo ella asomándose.

—Me voy.

—¿Pensás ir para tu casa?

—Me parece que esta noche no vuelvo al departamento.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Todavía no sé.

Ella demoró en volver a hablar, parecía dudar. Por fin dijo:

—Podes quedarte acá.

—Está Daniel, no quiero causarte molestias.

—A mí no me molestás. Te tirás en el sofá. Te doy una almohada y un par de mantas.

—Mejor, no. Voy a darme una vuelta por lo de Roberto, vive acá nomás. Lo llamé avisándole que en una de esas pasaba a visitarlos.

—¿Y después?

—Seguro que me ofrecen una cama.

Ana se quedó pensando, de nuevo dubitativa.

—¿Y si no te la ofrecen?

Pablo sonrió:

—Con Roberto nos conocemos hace más de quince años.

—¿Y si ocurre que no te la ofrecen?

—¿Por qué pensás que no?

—Sólo estoy considerando la posibilidad.

Pablo abrió los brazos, siempre sonriendo:

—En ese caso ya veré qué hago.

—Como quieras. Si mañana los teléfonos siguen sin funcionar me podés dejar un mensaje en casa de Beatriz, mi amiga abogada, antes del mediodía. Yo la llamo a esa hora.

Le anotó el número y Pablo guardó el papel en el bolsillo. Se estaban despidiendo y volvió a sonar el teléfono. Esta vez fue un solo timbrazo. Esperaron parados junto a la puerta, pero no hubo más que eso. De todos modos Ana fue a levantar el tubo para comprobar si había vuelto el tono.

—¿Será alguien que está tratando de comunicarse?

—Están mal las líneas —repitió Pablo.

Ana lo acompañó hasta el ascensor.

—Cuidate —le dijo a través de la puerta tijera.

Mientras bajaba Pablo miró la hora y pensó que debía apurarse o encontraría a Roberto y Sara ya acostados.

9

La calle estaba desierta, pero apenas bajó de la vereda para cruzar vio un taxi que doblaba la esquina y avanzaba lento hacia él. El auto había aparecido de la nada y Pablo tuvo la incómoda sensación de que lo habían estado esperando. En su cabeza otra vez crecían los fantasmas que lo venían acosando desde la tarde y se esforzó por apartarlos. "Basta", murmuró. Un taxi era precisamente lo que necesitaba. Hasta la casa de Roberto serían unas quince cuadras. Levantó la mano y le hizo seña. La radio del auto estaba sintonizada en un programa de boleros y se la oía mientras se iba acercando. Cuando subió y arrancaron, el chofer preguntó si le molestaba la música alta y antes de que Pablo contestara bajó el volumen. Después intentó darle charla. Tenía sus opiniones sobre el Mundial, la organización, la imagen que se llevarían los extranjeros que visitaban el país:

—¿Leyó en el diario lo de ese matrimonio francés que quería conocer la basílica de Luján?

—Me parece que algo leí —dijo Pablo.

—El taxi que contrataron los paseó un rato por la Capital y después los dejó frente a la iglesia de Pompeya.

—Ahora me acuerdo.

—¿Cuánto habrá tardado esa gente en darse cuenta de que no estaba en Luján? ¿Se imagina la desilusión? ¿Qué van a decir de nosotros cuando vuelvan a su casa?

—Nada bueno.

—¿Ésta es la forma de brindar nuestra hospitalidad y nuestro afecto?

—Evidentemente no.

—¿Qué opina de los seis goles de Argentina-Perú? Hay quien dice que el partido fue comprado. ¿A usted qué le parece?

Hablaba demasiado. Pablo lo dejaba decir, le contestaba con gruñidos, trataba de verle la cara y pensaba que muchos taxistas y porteros de edificios eran informantes de la policía.

Llegaron rápido. La casa era de planta baja y primer piso, techo de tejas y un pequeño jardín al frente. Contrastaba con las otras construcciones, más modestas, de la cuadra. No había luz en las ventanas y Pablo volvió a mirar la hora. No era tan tarde. Llamó y le abrió Roberto. Lo abrazó y le palmeó la espalda un par de veces, pronunciando su nombre en diminutivo.

—Andabas perdido, Pablito —le dijo tomándolo de un brazo y llevándolo hacía el interior de la casa.

Se lo veía muy eufórico, más de lo que pudiera producir la visita de un amigo, y Pablo pensó que algo bueno debió haberle pasado últimamente. Se lo preguntaría en cuanto se diera la oportunidad. Roberto era uno de los primeros tipos que había conocido al llegar desde la provincia y uno de los consejeros que, en aquellos años, lo habían ayudado a entender y a manejarse en la gran ciudad desconocida. En un par de oportunidades le había conseguido trabajo. Era cinco años mayor que Pablo, poca diferencia, aunque desde el comienzo se había empeñado en establecer con él un trato casi paternal. Últimamente ya no se encontraban demasiado seguido.

Sara estaba en el living, mirando televisión y cuando Pablo entró fue a su encuentro con los brazos abiertos:

—Por fin se te ve la cara.

Fue a calentar café y unos minutos después estaban sentados los tres mirándose sonrientes, cada uno con su taza humeante, mientras ella seguía reprochándole que dejara pasar tanto tiempo sin venir a visitarlos. Sara era una mujer amigable y paciente, siempre dispuesta a escuchar cualquier historia que los otros quisieran contarle. Suscitaba las confesiones y no resultaba difícil llevarse bien con ella. Aunque Pablo había advertido, casi desde el mismo momento en que Roberto se la había presentado, que detrás de la fachada de amabilidad había un muro. La veía asentir, sonreír, y la imaginaba agazapada y alerta allá al fondo, en alguna parte, detrás de un cerco, protegiendo su mundo de una posible invasión. Y su mundo eran la familia y la casa. El resto, Pablo incluido, conformaban un gran peligro general del cual Sara se defendía. De todos modos estaba seguro de que, a su peculiar manera, ella le tenía afecto.

—¿Los chicos? —preguntó Pablo.

—Durmiendo, por suerte —dijo Sara—. Están fatales.

—¿Querés un whisky? —preguntó Roberto.

Trajo vasos y sirvió para ambos:

—La semana pasada te perdiste la fiesta en la casa de mi socio. Te llamé una punta de veces y al final te hice mandar una invitación. ¿La recibiste?

—Sí, pero no pude ir.

—Estaba la morochita esa de trenzas que a vos te gusta tanto.

—¿A quién le gusta? —dijo Sara mirándolo de reojo.

—A Pablo.

—¿A Pablo o a vos?

—Nunca te casés, Pablito—dijo Roberto pasándose una mano por el pelo.

—¿Qué festejaban? —preguntó Pablo.

—Una licitación que nos adjudicó la Municipalidad.

—¿Importante?

—Bastante, bastante importante.

Por la forma en que lo dijo, lento, subiendo y bajando la cabeza y sopesando las palabras, Pablo dedujo que se trataba de un negocio de los grandes. Tal vez se debiese a eso la euforia que había percibido al llegar. Roberto tenía un estudio de arquitectura y en los últimos años Pablo había visto cómo las cosas mejoraban para él.

—Contanos algo de vos, hombre misterioso —dijo Sara—. Qué milagro, un sábado y a esta hora.

—Vine a ver a una amiga acá cerca.

—Entonces la visita se la tenemos que agradecer a esa amiga.

—En realidad vine a verla un poco obligado por las circunstancias.

—¿Qué circunstancias? —dijo Sara sonriendo—. ¿Se puede contar o es un secreto?

También Pablo sonrió:

—Nada de secretos. Habíamos quedado en comunicarnos por teléfono, pero el mío no funcionaba y el suyo tampoco. Estábamos un poco intranquilos por algo que pasó esta tarde, así que me vine hasta acá para poder hablar con ella.

—¿Qué fue lo que pasó?

Con las voces del televisor como fondo, Pablo contó la aparición de los tipos en la esquina y lo que siguió. Lo hizo en el tono de quien comenta

un hecho más de los tantos ocurridos durante un día cualquiera, restándole importancia. Pero se detenía en los detalles y la historia se hizo larga. Inclusive relató la discusión con Ana en el bar y después la parada en el otro bar donde le habían pedido documentos y se habían llevado los dos muchachos. Advirtió que Roberto y Sara se habían ido poniendo serios. Sobre todo ella. La tenía sentada a la derecha y podía sentir su mirada.

Cuando terminó, Pablo dijo:

—Eso es lo que pasó.

Entonces tuvo la sensación de que acababa de arruinar algo, de que había traído algo equivocado a ese lugar.

10

Ahora, con el largo silencio que siguió a la historia de los tipos en la esquina, resultaba evidente que la actitud de Roberto y Sara había cambiado. Pablo esperaba alguna pregunta, algún comentario, y no supo qué hacer. Se colocó un cigarrillo entre los labios, sin encenderlo. Roberto le dio fuego y dijo:

—Nada para alarmarse.

—Yo también pienso que no.

—Quedate tranquilo.

—Estoy tranquilo, pero viste cómo es, la presencia de estos fulanos siempre te altera un poco.

Roberto tomó un trago, estiró una mano hacia Pablo y le dio una palmada en la rodilla.

—Olvídate.

—Está bien —dijo Pablo. Roberto señaló la pantalla del televisor:

—¿Alcanzaste a ver el partido de esta tarde?

—Estaba por verlo, pero con este asunto al final me lo perdí.

—Olvidate de eso.

—Sí —dijo Pablo.

—Esto ya termina y pasan los goles. Vas a ver qué golazo.

Pero después de la tanda de avisos volvió el programa anterior, una entrevista a un grupo de actores.

—Todavía no —dijo Roberto mirando la hora—, faltan unos minutos.

Siguió un nuevo silencio y los tres permanecieron pendientes de la pantalla. Sara tenía una cajita de madera en la mano, la tapaba y la destapaba. Dijo:

—¿En algún momento pensaste que pudieran estar ahí por vos?

Pablo se sorprendió por la pregunta y tardó en contestar.

—No. Si de algo estoy seguro es de que no están ahí por mí.

—Por supuesto que no —dijo Roberto—. Quedate tranquilo.

—Tenés razón —dijo Sara hablándole a Roberto—. Que no piense más en el tema, que se olvide, pero algo andan haciendo esos tipos en la esquina de su casa.

—No es la esquina de su casa —dijo Roberto—, es la esquina de muchas casas. Además con el Mundial y tantos extranjeros dando vueltas por la ciudad es lógico que haya más vigilancia en las calles.

—Disculpame, pero no estoy de acuerdo con tu forma de considerar las cosas.

—¿Y cómo las considero?

—Así, tan a la ligera, como si nunca pasara nada. Yo en el lugar de Pablo también me inquietaría.

—¿Por qué razón debería inquietarse?

—Porque trabaja en periodismo.

—¿Y con eso qué?

—¿Cómo qué? Un periodista es un periodista.

—Pero no, Sara, Pablo nunca escribió sobre política ni nada que se parezca. Las notas suyas no pueden molestar a nadie.

—Lo que escribía el hermano de María tampoco podía molestar a nadie.

—Es diferente. Además, ¿qué sabemos nosotros de la vida del hermano de María? ¿Vos sabés en qué andaba el hermano de María?

—No.

—¿Entonces?

—Lo único que te puedo decir es que si apareciera algún tipo raro en la puerta de mi casa no me gustaría nada.

—¿Y vos qué tenés que ver?

—Ya ves, no tengo nada que ver y sin embargo me preocuparía. Por vos, por los chicos, por mí.

—Basta, Sara —dijo Roberto abriendo los brazos—. Paremos un poco con la imaginación.

—No empecés a tratarme de paranoica.

—¿Qué dije? ¿Dije algo?

—Conozco muy bien ese tonito sobrador.

Sara respiró hondo y tomó el café que le quedaba en la taza. Excluido de la conversación, Pablo se limitaba a girar los ojos para mirarlos cuando hablaban. Se sentía molesto y deseó no haber venido.

—Sea como sea —dijo Sara—, creo que no cuesta nada tomar algunas precauciones.

—¿Y cuáles serían esas precauciones? —preguntó Roberto.

—Por ejemplo irse a otra parte por un día o dos. No aparecer por el departamento. Por lo menos hasta que esos tipos desaparezcan de ahí.

—¿Vos te creés que si quieren levantar a alguien lo vas a evitar mandándolo de vacaciones un par de días?

—Lo que digo es que no cuesta nada poner un poco de distancia. Nada más que eso.

Volvieron a callar.

—Bueno —dijo Pablo, dudando si debía hablar o no—, la verdad que había pensado no ir esta noche al departamento.

Roberto sirvió un chorro de whisky en cada vaso.

—Si eso te hace sentir mejor, entonces está bien, no vayas —dijo.

—Supongo que sí, que me sentiría más tranquilo —dijo Pablo—. Mañana será otro día.

—¿Dónde vas a dormir? —preguntó Roberto.

Pablo advirtió que a su derecha Sara levantaba la cabeza y dirigía una mirada rápida a Roberto. Roberto bajó la vista y sacudió el hielo del vaso. Pablo no contestó la pregunta.

—Caliento más café —dijo Sara poniéndose de pie.

Fue a la cocina y llamó a Roberto desde allá. Pablo quedó solo y los oyó hablar. No era una conversación amable. Por momentos la voz de Sara subía de tono, luego se controlaba. Pablo sólo podía captar alguna palabra suelta, pero estuvo seguro de que su presencia era la causa de la discusión. Supo que esa noche no habría sitio para él en la casa de Roberto y Sara. Se dijo que debía levantarse, saludar e irse en ese momento. Pero no se movió.

Volvió Roberto.

—¿Ya pasaron los goles? —preguntó.

—No.

Apareció Sara con la cafetera. Llenó dos tazas y dijo que estaba agotada, que ese día los chicos la habían vuelto loca.

—Pablo, ¿no te enojás si los dejo?

Se despidió.

Cuando estuvieron solos Roberto bajó el volumen del televisor.

—No le des bola a Sara —dijo—, sabés que siempre exagera. Además está alterada por algunas cosas que pasaron últimamente con gente que conoce.

Pablo asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Quién es el hermano de María?

—María es una amiga, fue compañera de Sara en la facultad. Al hermano se lo llevaron hace un par de meses y desde entonces no hay noticias.

—¿Quién se lo llevó?

—No se sabe. Ningún vecino vio nada. Nadie oyó nada.

Callaron largo.

—Ahí empieza—dijo Roberto.

En la pantalla estaban pasando imágenes de Brasil-Italia, con la marcha del Mundial como música de fondo.

—¿Dónde vas a ver el partido mañana? —preguntó Roberto.

—Todavía no sé —contestó Pablo.

Roberto dijo que ellos tampoco lo tenían decidido, aunque casi seguro se harían una escapada a la casa de sus padres, hacía rato que los venían invitando, le daba un poco de pereza manejar hasta San Andrés de Giles, sobre todo por la vuelta, pero de tanto en tanto había que cumplir. Pablo lo escuchó mirando la pantalla.

—¿Cómo andan los viejos? —preguntó.

—Fenómeno.

—El viejo, ¿siempre con sus ideales anarquistas?

—Es el motor de su vida.

—Gran tipo.

Roberto rió.

—Es un personaje. Vamos a ver con qué se descuelga esta vez. Siempre tiene algún proyecto nuevo para modificar algo en el pueblo. Al intendente lo tiene loco. Y a los directivos del club también. Ya se peleó con todos los amigos, no le queda ni uno.

—Dale saludos.

—Seguro. Un día de estos nos organizamos para ir a comer un asado.

—Me gustaría.

Siguió un silencio incómodo. Pablo se levantó y se puso la campera.

—Me voy yendo.

—¿No querés un trago más?

—No, gracias.

Cuando llegaron a la puerta pareció que Roberto iba a decir algo pero finalmente sólo estiró la mano para despedirse:

—Nos llamamos.

Pablo asintió. Cruzó el jardincito, llegó a la vereda y oyó que a sus espaldas se cerraba la puerta. Se dio vuelta y se quedó mirando el frente de la casa iluminado por dos faroles. Después empezó a caminar hacia la avenida, donde esperaba encontrar rápido un colectivo que lo llevara para el centro.

11

Hasta la avenida serían unas cinco o seis cuadras, pero el trayecto se le hizo largo. Salvo los golpes intermitentes del viento no había otros sonidos en el aire helado. Pablo miraba las luces de los faroles, las casas cerradas, las sombras en el asfalto, el cielo sin estrellas y se sentía como alguien dentro de un sueño que ha sido llevado lejos y se pregunta qué hace en ese lugar desconocido. Encendió un cigarrillo y se esforzó por elaborar un balance de las últimas horas, a partir de la llegada de Ana con la noticia de los tipos en el auto. Tenía la sensación de que habían pasado demasiadas cosas, de que había sido arrastrado a una aceleración cada vez mayor y había perdido el control. Se dijo que necesitaba hacer una pausa para reflexionar.

Al repasar lo sucedido esa tarde y esa noche lo que más lo confundía era la media hora o la hora en la casa de la que acababa de salir. Le vinieron a la memoria las palabras y las dudas de Ana sobre si sus amigos le ofrecerían una cama. Ana casi no los conocía, sólo los había visto dos veces. La primera a la salida de un teatro donde habían intercambiado unas pocas frases y la segunda en un bar del Bajo donde habían tomado unas copas de madrugada. Lo desconcertaba que hubiera intuido lo que realmente ocurriría. Reconstruía el encuentro con Roberto y Sara, la charla amigable del comienzo, los silencios largos y la suerte de temblor subterráneo que se había instalado en ese living a partir de determinado momento. Sobre todo revisaba paso a paso la expulsión final de la que había sido objeto y no terminaba de convencerse de que hubiese sucedido realmente. Trataba de poner orden en ese tramo de la historia de su día, quería entender, quizá para luego poder aceptar, pero no conseguía sacar nada en claro. De pronto se sintió indignado, arrojó el pucho al suelo y lo pateó con furia. La indignación duró poco y lo que sobrevino fue una sensación de gran pena.

Estaba llegando a una esquina y ahí nomás, a la vuelta, alguien gritó. Por lo menos sonó como un grito, breve y ronco. También podría haber sido el lamento de un animal. Pablo se detuvo y retrocedió un par de pasos, arrimándose a la pared. Durante unos segundos no oyó más que el silencio y el viento. Después, en el viento, una voz impartió una orden. Varias voces, bajas, le contestaron. Eran frases rápidas y susurradas, como de gente que rezaba. Siguieron ruidos que parecían de vidrios al caer y de algo metálico que rodaba. De nuevo los murmullos y por encima la voz sola y autoritaria. Hubo dos o tres golpes secos, de puertas de auto al cerrarse, y el ronquido suave de un motor. El motor se alejó.

Pablo había buscado protección en la sombra del portal de una casa y permaneció ahí un rato largo sin moverse. Por fin se decidió y se asomó a la esquina. Igual que le había pasado antes, cuando se habían llevado a los dos muchachos del bar, no vio otra cosa que la calle vacía. Arriba, el viento seguía agitando las ramas. Un cartel de chapa, colgado de dos trozos de cadena, chillaba sobre la puerta de un negocio cerrado. Cerca se oyó el paso de un tren. Pablo seguía mirando hacia la calle transversal sin descubrir ninguna señal de que hubiera pasado algo. Se preguntó si todo no habría sido imaginación suya.

Recorrió las últimas cuadras a paso acelerado, llegó a la avenida, buscó una parada y se puso a esperar. Pasaron cuatro camiones del ejército cargados de soldados. Después dos patrulleros a gran velocidad. Vio venir un colectivo y levantó el brazo aun antes de saber si lo dejaría bien. Quería irse de ahí y hubiese tomado cualquier cosa con tal de alejarse. Tuvo suerte y el colectivo lo llevó al centro.

Se metió en un bar de Corrientes. No se quedó mucho, el tiempo suficiente para tomar una ginebra. Dio una vuelta por los alrededores y en la calle Sarmiento encontró un hotelito que no podía ser sino barato y se metió. La segunda puerta, en lo alto de la escalera, estaba cerrada y tocó timbre. Apareció el encargado con cara de dormido y una manta sobre los hombros. Lo anotó en el registro, le cobró, le dio la llave y le indicó el camino.

—El baño está en el patio —le dijo.

La pieza era muy angosta y alargada. Además de la cama había un roperito y una silla. Contra una de las paredes, una pileta. Una ventana de una sola hoja y sin cortina daba a un patio interior. En el patio se veían algunos muebles desarmados. Para llegar hasta la cabecera de la cama

Pablo tuvo que moverse de costado. Se quitó la ropa, la colocó sobre la silla y se acostó. Las sábanas estaban heladas. Manoteó el pulóver y las medias, se los puso y se volvió a acostar, doblándose y tapándose la cabeza. No había apagado la luz, el interruptor estaba junto a la puerta, por lo tanto después tendría que levantarse. Cuando consiguió entrar un poco en calor se colocó boca arriba y se puso a mirar el cielo raso. Pensó en los años de sus comienzos en la ciudad, cuando vivía en hoteles y pensiones y el gran lujo era poder pagarse una pieza para él solo y no compartida con cuatro o cinco desconocidos. Eran todos agujeros iguales al de esta noche, estrechos, oscuros, las paredes desnudas y manchadas de humedad. Durante mucho tiempo esos agujeros sórdidos habían sido su casa. Y ahora, al volver a tocarla, a olerla, la sordidez se le presentaba como la verdadera esencia de la ciudad. La sordidez había estado siempre ahí, esperándolo. Esas eran las ideas que le daban vueltas por la cabeza mientras mantenía la mirada fija en el cielo raso. Aunque tal vez estas conclusiones no fuesen más que las consecuencias de un mal día. Había una diferencia entre aquella época y ésta, ahora disponía de un lugar, un departamento, no era de su propiedad pero podía pagar el alquiler. Nada extraordinario, un ambiente, cocina y baño, suficiente para que se sintiera cómodo, bien ubicado, en el centro de la ciudad. Entonces, como si acabara de descubrirlo, pensó que el departamento estaba ahí nomás, a pocas cuadras, y por segunda vez en la noche se preguntó: ¿Qué hago acá?

Recordó una pieza en la que había vivido, a la vuelta, en un quinto piso de la calle Montevideo. Aquella pieza debió haber sido una cocina porque tenía dos paredes recubiertas de azulejos. También ahí había una pileta. Durante la noche siempre se metía alguna cucaracha que después no lograba subir por las paredes altas y lisas y quedaba atrapada. Pablo se despertaba y desde la cama, en la oscuridad, adivinaba la presencia de la cucaracha. Se levantaba evitando hacer ruido, caminaba descalzo hasta la pileta y encendía la luz. Y en efecto ahí estaba, corriendo por el fondo, buscando una salida que no encontraba. Pablo la observaba y esperaba. La cucaracha trepaba, resbalaba, insistía. Finalmente se detenía y permanecía quieta, agazapada, acorazada, las antenas sensibles. Del otro lado de las paredes la ciudad dormía. Ahí adentro, la cucaracha y él se medían. Pablo se tomaba su tiempo. En algún momento abría la canilla y se oía el chorro de agua al golpear contra el fondo de la pileta. Y, confundido con el rumor de agua, tal vez un sordo bramido animal. Entonces se despertaba una

alarma nueva en la cucaracha y reiniciaba los intentos, se lanzaba hacia arriba, caía y volvía a probar. Pablo iba abriendo un poco más la canilla. Y después un poco más. La capacidad del agujero de desagote ya no era suficiente y el nivel de agua crecía. La cucaracha, impotente, permanecía en posición vertical contra una de las paredes mientras el agua giraba y la lamía. Finalmente quedaba sumergida y después de resistir un tiempo era arrastrada y el remolino se la tragaba.

Pablo se levantó, fue hasta la pileta, comprobó que no había ninguna cucaracha, apagó la luz y se metió en la cama de nuevo.

12

Pablo entreabrió los ojos y tuvo la sensación de no haber dormido nada. Había un gran silencio. Por la claridad en el patio interior supo que era de día, aunque no pudo imaginar la hora. Para averiguarlo debía sacar el brazo de debajo de las cobijas y le daba pereza hacerlo. Durante un tiempo estuvo así, sin pensamientos, a medio camino entre el sueño y la vigilia, espiando el rectángulo de luz sucia de la ventana. Después se encontró reconstruyendo una vez más la charla en la casa de Roberto y Sara, la caminata en la noche y el sobresalto en aquella esquina donde había creído oír voces y rumores de violencia. Fueron esas imágenes las que lo obligaron a levantarse. Apartó las cobijas de un manotazo, saltó de la cama, se lavó la cara, se vistió y dejó el hotel.

Eran apenas las ocho y las calles de la mañana del domingo estaban vacías. Se dijo que hacía mucho que no veía la ciudad a esa hora de un día feriado. Era otra ciudad. Tenía aspecto de recién lavada. Sin tránsito, sin estruendo, con tanta claridad sobre los edificios, parecía un sitio inocente. Flotaba en el aire como una gran expectativa y Pablo pensó en el partido de la tarde. Compró un diario. Un título a grandes letras anunciaba: "Argentina y su momento supremo". Había una foto de la copa del Mundial. Un aviso decía: "Felicitaciones, país".

Se sentó en el Foro de Corrientes y Uruguay. Sólo había dos clientes, mujer y hombre, uno en cada extremo del local. Pablo se preguntó quiénes serían esos madrugadores. Tal vez gente que no había dormido. Gente a contramano, como él. Tomó una taza grande de café. Después saltó, anduvo en el aire frío que olía a limpio y comenzó a sentirse optimista. En esto reconocía una forma especialmente suya de relacionarse con la ciudad. El enfrentamiento con el cielo de las mañanas siempre lo sosegaba y lo reconciliaba con el mundo. No importaba la carga que arrastrara ni lo que hubiera sucedido el día anterior ni las pesadillas

nocturnas. Andar en la luz nueva era una forma de recomenzar, de darse otra oportunidad. Cruzó Plaza Lavalle hacia Córdoba y de tanto en tanto se detenía bajo los árboles para mirar, entre las ramas, los pájaros en movimiento.

Se fue acercando al Bajo, vio los mástiles de los barcos en el puerto y dio una vuelta por el barrio, manteniéndose a distancia de la esquina de Paraguay y Reconquista. Nada sospechoso, ni gente detenida ni autos estacionados. Le pareció natural que fuese así. En todas partes era la misma calma que lo venía acompañando desde la salida del hotel. De cualquier manera tardó en encarar hacia su edificio y cuando se decidió lo hizo con la cautela de quien penetra en una zona de riesgo. Se detuvo unos segundos en la entrada para echar una mirada hacia ambos lados. De nuevo sintió que la claridad de la mañana alejaba toda amenaza.

Estuvo apretando el botón del ascensor hasta que advirtió que había un corte de energía eléctrica. No le extrañó, habían tenido varios en las últimas semanas. Subió los tres pisos en la penumbra de la escalera y le agradó abrir la puerta y reencontrarse con el desorden de su departamento. Era igual que volver de un viaje. No habían sido más que algunas horas de ausencia, pero la barrera de la noche se le aparecía como un ancho espacio donde había estado a punto de perderse. Prendió el primer cigarrillo del día.

No había luz, en cambio el teléfono funcionaba. Disco el número de Ana. Ya no daba tono de ocupado, pero nadie contestó. Volvió a probar y dejó que sonara un largo rato. Todavía era temprano para llamar a Beatriz, la amiga de Ana. Lo haría un poco antes del mediodía, como habían convenido. Disponía de mucho tiempo y decidió salir de nuevo y caminar por los alrededores. Tenía necesidad de demostrarse que podía hacerlo, que no había nada allá afuera que lo frenara y lo intimidara.

Bajó y anduvo por las calles del barrio. Se detuvo en las vidrieras. Reconocía puertas, carteles, fachadas, como quien lleva a cabo el relevamiento de una propiedad. Los dos bares que él frecuentaba, uno sobre la calle Paraguay y el otro en la cortada Tres Sargentos, estaban cerrados. En realidad nunca abrían los domingos. Lo lamentó por primera vez, porque hoy le hubiese gustado entrar, acomodarse en la barra, tomarse una cerveza o un aperitivo, charlar un rato con los dueños o con alguno de los clientes de siempre. También ésa hubiese sido una forma de afirmarse en la mañana.

Después, con paso decidido, se dirigió a la esquina donde habían estado los hombres. Al principio tuvo que hacer un esfuerzo para aguantarse parado ahí. Percibía ese par de metros cuadrados como un espacio contaminado. Miraba hacia su edificio y se imaginaba a sí mismo entrando, saliendo y transitando aquel tramo de vereda. Así era como lo habían visto esos tipos. Al reconstruir la escena desde esa perspectiva se sintió mal, volvió a alcanzarlo la sombra del peligro y estuvo a punto de abandonar la esquina. Pero resistió y al pasar los minutos supo que estaba logrando expulsar lo que quedaba de aquellas presencias. Caminó unos pasos hacia adelante, hacia ambos costados y regresó a la posición inicial. Se recostó contra la pared, se relajó, prendió un cigarrillo y decidió que había tomado posesión del lugar. Se sintió levemente intrépido y con el orgullo infantil de quien, en un juego, acaba de plantar una bandera en un territorio reconquistado.

Ahora lo asaltó la impaciencia por hablar con Ana. Quería contarle y compartir los resultados de esta pequeña aventura secreta. Quería contagiarle su fuerza y decirle que todo estaba bien, que se habían preocupado inútilmente. Miró la hora, era temprano todavía. Por la avenida del Bajo pasaban autos con banderas y recordó haber leído que las puertas del estadio se abrirían a las once. Pegó la última pitada al cigarrillo, lo dejó caer delante de sus zapatos y lo pisó con energía.

Subió, se preparó un café y después discó el número que Ana le había dado. Atendió una voz de mujer y Pablo preguntó si era la casa de Beatriz.

—Sí —dijo la voz.

—Habla Pablo, un amigo de Ana.

No pudo agregar más porque del otro lado lo interrumpieron:

—Un momento.

Inmediatamente apareció la voz de Ana:

—Hola, Pablo.

—¿Qué hacés ahí? —preguntó Pablo.

—Estoy desde anoche. Me vine a dormir acá.

—¿Qué pasó?

—Nada. Pero con ese asunto de los llamados estaba inquieta.

—¿Siguieron?

—No sé. Apenas te fuiste lo vestí a Daniel y me vine para acá.

Pablo le explicó que estaba en su departamento, que el teléfono se había arreglado y los tipos de la esquina se habían ido. Ana le preguntó si había dormido en la casa de Roberto.

—Dormí en un hotel. Después te cuento. ¿Qué pensás hacer ahora?

—Dentro de un rato pasa el padre de Daniel y se lo lleva para ver el partido.

—¿Dónde queda el departamento de tu amiga?

—En Palermo.

—Es cerca. Venite para acá. Hay otro corte de luz, pero podemos comer algo y después nos vamos a ver el partido a alguna parte.

—El partido podemos verlo en mi departamento.

—Buena idea.

—Entonces por qué no nos encontramos directamente allá.

—Primero quiero que vengas.

—¿Para qué?

—Venite.

—¿Para qué querés que nos encontremos ahí?

—Quiero mostrarte algo.

—¿Qué?

Se hizo un silencio. Pablo se dio cuenta de que en realidad no tenía nada para mostrarle y que sus argumentaciones optimistas no serían fáciles de transmitir. Tal vez, cuando Ana llegara, podría intentar llevarla también a ella a la esquina y proponerle instalarse allá unos minutos para que percibiera lo mismo que él y la ceremonia de exorcismo fuera completa. Entonces Ana seguramente pensaría que se había vuelto loco.

—¿Qué es? —insistió ella.

—Mirá, acá está todo bien —dijo Pablo—, vos venite, si después no querés quedarte nos vamos a comer a otro lado. Pero primero quiero que vengas.

Ana siguió dudando. Por fin dijo:

—Está bien. En un rato estoy ahí.

—Avisame cuando estés por salir, así calculo para bajar a abrirte.

Pablo encendió la radio portátil, sintonizó un programa de música clásica, fue a la cocina, peló un par de cebollas, las picó, las puso a freír y abrió una lata de tomates.

13

El tuco se estaba haciendo a fuego lento y sólo le quedaba esperar que Ana llegase. Fue a pararse en la ventana y fumó mirando el paisaje de techos alquitranados. Había un gato parado bajo las columnas que sostenían un tanque de agua. Maullaba girando la cabeza hacia un lado y hacia el otro como si se encontrara perdido. Descubrió a Pablo y durante un rato le dedicó su queja. Con los vidrios cerrados se lo oía apenas. Arriba, en el cielo, pasó la sombra de un helicóptero. Pablo entrecerró los ojos, sintió el cansancio de la noche mal dormida y empezaron a rondarlo algunos pensamientos oscuros. Supo que su cuota de optimismo estaba llegando al final y deseó que Ana apareciera rápido. La necesitaba para que no se diluyera del todo el remanso que se había construido en la mañana. Sonó el teléfono y era ella, dijo que estaba saliendo de la casa de Beatriz y tomaría un taxi. Pablo miró la hora y unos minutos después bajó.

Ana llegó casi inmediatamente. Por la forma en que lo miró al saludarlo Pablo supo que estaba esperando una aclaración sobre la charla telefónica y la razón de haberla hecho ir para allá. Mientras subían se cruzaron con el portero que bajaba.

—Buen ejercicio para las piernas —dijo y se rió fuerte.

Pablo le preguntó si el corte de energía eléctrica era solamente en el edificio o en toda la zona.

—Es en nuestra manzana.

—¿Habrá posibilidad de que lo solucionen hoy?

—Hoy es un día complicado. Nadie quiere trabajar. Y después del partido peor, porque hay que festejar el triunfo. ¿Verdad, señorita? —se rió y siguió bajando.

—Desagradable —murmuró Ana.

Llegaron arriba, entraron y Pablo la ayudó a quitarse el tapado. Ella se dejó caer en el sofá y preguntó:

—¿Qué clase de tipo es el portero?

Pablo se encogió de hombros:

—Lo conozco poco. ¿Por qué?

—Qué sé yo, todo el tiempo tengo la impresión de que la ciudad está llena de gente que te espía.

Pablo fue a la cocina y desde allá gritó:

—El tuco está marchando.

—Huele bien.

—¿Tenés hambre?

—Un poco.

—Ya pongo el agua.

Se asomó con un paquete de fideos en cada mano:

—¿Cuál comemos?

Ana eligió señalando con el dedo. Después preguntó:

—¿Qué era lo que querías mostrarme?

Ahora, definitivamente, Pablo advirtió que su entusiasmo de un rato antes se había esfumado. Pensó en su paseo por el barrio, su toma de posesión de la esquina y la escena se le presentó grotesca y un poco patética. Tal como lo había intuido, supo que no se atrevería a contarle una cosa así a Ana. Por lo menos no en estas circunstancias. Ella seguía esperando y observándolo con curiosidad y —le pareció a Pablo— con desconfianza. Trató de explicarle que esa mañana, al volver al departamento y ver la tranquilidad en las calles, había pensado que todo había sido una exageración y que debían dejarse de joder con tantos fantasmas de persecuciones, y entonces quiso que ella también viniera y comprobara cómo estaba la situación.

—¿Y cómo está la situación?

—Como te dije, todo en calma.

Ella se mordió una uña y se quedó mirándolo. Pablo conocía ese brillo en los ojos de Ana. No era muy común, pero a veces aparecía y entonces podía pasar cualquier cosa. Quizás ahora lo insultara. En cambio sólo preguntó:

—¿Qué pasó en la casa de tus amigos?

—No hubo oferta de cama.

—¿Les pediste quedarte a dormir?

—No tuve oportunidad. Cuando les expliqué lo de los tipos se asustaron.

—¿Qué te dijeron?

—Nada. No hizo falta.

Golpearon a la puerta del departamento. Tres golpes. Pablo preguntó en voz alta:

—¿Quién es?

—Carmen —contestaron.

Fue a abrir. Carmen traía una copita en la mano y se notaba que estaba bastante entonada. Tenía los ojos y los labios muy pintarrajeados, como siempre. Se había envuelto la cabeza con un pañuelo floreado, a manera de turbante. La vio a Ana y la saludó levantando la copa:

—Hola.

—Hola —contestó Ana.

—¿Vas a bajar para algo? —le preguntó a Pablo.

—No sé. ¿Por qué?

—Para que me compres unas velas. Más tarde no va a quedar nada abierto.

—¿Necesitamos cigarrillos? —le preguntó Pablo a Ana.

—A mí me quedan dos o tres.

—A mí más o menos lo mismo. Es mejor que baje a comprar ahora.

—¿Tenés copitas para licor? —preguntó Carmen.

—No —dijo Pablo.

—Yo traigo. Quiero convidarlos con algo especial. Fue hasta su departamento, regresó con las copitas y una botella. Sirvió.

—Prueben y después me dicen qué les parece.

Ana y Pablo probaron.

—¿Y?

—Rico —dijo Pablo.

—Rico —dijo Ana.

—Casero. Me lo manda una amiga de Bariloche —Carmen se sentó en el sofá y se cruzó de piernas—. En una época yo tenía un mueble alto hasta el techo lleno de licores importados. Mi novio de entonces viajaba mucho, me traía regalos de todas partes del mundo, de Europa, de los Estados Unidos, de la India, toda clase de obsequios, y la botella nunca faltaba. Qué tiempos aquellos. Tenía un auto con chofer esperándome en la puerta y después a cenar y a bailar en los mejores lugares hasta la madrugada. Y yo hecha una reina con vestidos largos y zapatos plateados

de tacos altos. Bueno, un zapato solo en realidad, porque el otro siempre lo perdía en alguna parte. ¿Otro poco?

—Para mí suficiente.

—Para mí también.

—Yo sí quiero un poquito más.

Se sirvió. La miró a Ana:

—¿Me dejás ver la palma de tu mano? La izquierda. Ana estiró la mano abierta y Carmen la estudió sin tocarla.

—Tenés un hijo.

—Sí.

—Varón.

—Sí.

—¿Tenés una foto?

Ana buscó en la cartera y se la mostró.

—Tu hijo es un ser especial. Cuidalo mucho. Es un elegido,

Ana lo miró a Pablo y después nuevamente a Carmen.

—¿Qué más? —preguntó.

—Nada más por ahora. Cuando quieras vení a verme y te tiro las cartas.

Se levantó y tomó la botella para marcharse. Pablo la acompañó hasta la puerta.

—Ahora ya la conocés a mi vecina —dijo cuando Carmen se fue.

—Da un poco de miedo.

Pablo se puso la campera:

—¿Querés que te traiga algo?

—Un alfajor de chocolate.

Bajó, fue hasta el quiosco de Córdoba y compró cigarrillos, dos alfajores y velas para Carmen y para él. Por Leandro Alem seguían pasando autos con banderas. Regresó, subió y golpeó en el departamento de la vecina.

—¿Cuánto te debo? —preguntó Carmen que seguía con la copita de licor en la mano.

—Después arreglamos.

Ya se estaba yendo cuando ella lo retuvo con un gesto y le dijo:

—¿Viste que están otra vez los tipos?

Pablo se quedó mirándola mientras sentía que en el estómago le crecía la sensación de náusea.

—¿Los tipos?

—En la esquina. Los habías visto, ¿no?

—Vi unos tipos ayer.

—También estuvieron el viernes.

—Pero ahora no había nadie.

—Están desde hace un rato. Lo que pasó es que en el momento en que vos bajaste y saliste del edificio desaparecieron. No sé dónde se habrán metido. Después, apenas doblaste, vi que cruzaron la calle y fueron detrás tuyo, como si te siguieran.

—¿A mí?

—Bueno, fueron en la misma dirección.

—¿Pero vos viste que me siguieron a mí?

—Eso no lo puedo saber. Te cuento lo que me pareció.

—¿Por qué te pareció que me siguieron?

—Porque cuando volviste del quiosco y entraste al edificio enseguida aparecieron ellos también y se instalaron de nuevo en el mismo lugar. Ahí están, vení, mirá.

Pablo entró en el departamento de Carmen y se acercó a la ventana. En efecto había dos hombres en la esquina. Estaban exactamente en el mismo sitio que el día anterior. Pablo miraba la calle, miraba a Carmen y trataba de pensar rápido.

—Hagamos una cosa —dijo, y mientras hablaba sintió que volvía a dominarlo el descontrol—, ahora voy a bajar de nuevo y paso por la esquina igual que antes, vos te quedas acá en la ventana y te fijás si hacen algún movimiento extraño, alguna seña o si amagan seguirme.

—Está bien —dijo Carmen.

—Le aviso a Ana.

Cuando Pablo abrió la puerta de su departamento alcanzó a ver que la mesa estaba puesta. Desde la cocina Ana preguntó:

—¿Echo los fideos?

—Esperá —dijo Pablo—, acá tenés los alfajores, ahora voy a bajar de nuevo porque están otra vez los tipos en la esquina, a Carmen le parece que cuando fui al quiosco me siguieron.

—¿Qué? —dijo Ana.

Pero Pablo ya se había ido. Ana lo alcanzó en el departamento de Carmen.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ahí están —dijo Pablo.

Ana fue a la ventana.

—¿Para qué vas a bajar otra vez?

—Quiero que Carmen se fije bien. Quiero estar seguro si la cosa es realmente conmigo.

—Estás loco —dijo ella—. Es un disparate.

—Ahora vengo. Carmen, quedate en la ventana.

Ana trató de interponerse para evitar que se marchara. Pablo la esquivó y salió al pasillo.

—Fijate vos también —le dijo.

—Estás completamente loco —dijo ella.

14

Bajó el primer tramo de escalones a los saltos. Fue aminorando la marcha y se detuvo entre el segundo y el primer piso. Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos. No se oían ruidos y daba la impresión de estar en un edificio abandonado. La penumbra, el silencio, le recordaron la pieza del hotel. Se sintió cansado y deseó olvidarse de todo: de las dos mujeres en la ventana esperando su aparición, de los hombres que montaban guardia en la calle. Se sentó. Le resultó un alivio permanecer ahí, en el frío de la escalera. El descanso duró poco. Oyó pasos y voces arriba, y se levantó. Cuando llegó al hall de entrada esperó para ver quién bajaba. Aparecieron dos muchachos, enérgicos, hablando en voz alta. A uno lo conocía de vista. Saludó y Pablo contestó. No quería salir al mismo tiempo que ellos y se demoró encendiendo un cigarrillo. Los muchachos estuvieron un rato conversando en la vereda, frente a la puerta. No terminaban nunca de despedirse. Pablo pensó en Ana y Carmen allá arriba. Seguramente se estarían preguntando por qué tardaba tanto. Por fin los muchachos se dieron la mano y se fueron, uno para cada lado. Pablo esperó un poco más, salió y encaró decidido hacia la esquina. Ahí estaban. Ahora podía verlos bien. No eran los mismos de la noche anterior.

Pasó frente a los dos hombres por la vereda opuesta. Se alejó preguntándose qué estaría pasando a sus espaldas. Al llegar a la primera esquina espió en la vidriera que reflejaba la calle por donde venía. Pudo ver el desplazamiento de un auto embanderado que acababa de cruzarlo y que se perdió al fondo, en dirección a la avenida del Bajo. Eso fue todo. En la esquina siguiente no había vidrieras que le sirvieran y estuvo tentado de girar la cabeza pero no lo hizo. Dobló y se metió en un garaje donde había un teléfono público. El aparato estaba junto a la oficina del encargado. El encargado escuchaba música asomado a la ventanilla, cruzado de brazos y echado sobre el mostrador. Pablo saludó y después de discar se colocó de

espaldas y cubrió el auricular con la mano. Carmen atendió al segundo timbrazo.

—¿Qué pasó? —preguntó Pablo.

—Tranquilo—dijo Carmen.

—¿Qué quiere decir tranquilo?

—Que no pasó nada.

—¿Te fijaste bien?

—Seguro.

—¿Nada de nada?

—Nada.

—¿Ana dónde está?

—Acá, al lado mío.

—Dame con ella.

Apareció la voz de Ana. Sonó agresiva.

—Hola.

—Entonces, nada de nada.

—Ya oíste.

—¿Ni un gesto?

—No.

—¿Vos estuviste ahí todo el tiempo?

—Sí.

—Voy para allá. Fíjense bien.

Esta vez Ana no le contestó. Pablo saludó al encargado que seguía en la ventanilla y se fue.

Ahora, mientras se acercaba a la esquina de Reconquista, sintió urgencia por comprobar con sus propios ojos que todo seguía igual. En efecto, los tipos estaban en el mismo sitio, más o menos en la misma postura, hablando. Pasó y una vez más tuvo que caminar dándoles la espalda. Le pareció que no llegaba nunca al edificio. Cuando lo alcanzó tuvo la sensación de que en los últimos dos días no había hecho otra cosa que entrar y salir por esa puerta.

Subió corriendo y llegó arriba sin aire. El departamento de Carmen seguía abierto. Carmen y Ana lo estaban esperando junto a la ventana.

—¿Ahora pasó algo? —preguntó mientras se les acercaba.

—Igual que antes. Ni siquiera se movieron. Pasaste y como si nada —dijo Carmen.

—Hijos de puta —dijo Pablo mirando hacia la calle.

En ese momento en la esquina aparecieron otros dos tipos, intercambiaron unas palabras entre los cuatro, los anteriores se marcharon y quedaron los recién llegados.

—Debe ser el relevo —dijo Carmen.

—Hijos de puta —repitió Pablo—. ¿Ya habías visto el relevo antes?

—Es la primera vez. No creo que éstos se queden mucho tiempo —dijo Carmen.

—¿Por qué?

—Cuando se acerque la hora del partido irán a verlo a alguna parte.

Carmen fue a sentarse en un sillón, junto a una mesita ratona sobre la que había un mazo de cartas. Levantó la botella de licor y la mostró:

—¿Alguien se sirve un poco?

Pablo dijo que no. Ana no le contestó.

—Yo sí quiero —dijo Carmen y se llenó la copita.

También Ana se apartó de la ventana y fue a sentarse en una silla, frente a Carmen. Miraba el piso, estaba pálida. A Pablo le pareció que las rodillas de Ana temblaban. Se las había rodeado con las manos como si quisiera controlarlas. Pablo se le acercó por detrás y estuvo a punto de ponerle una mano en el hombro y hablarle. Pero no se le ocurrió nada. Regresó a la ventana.

—Hijos de puta —murmuró por tercera vez.

Oyó la voz de Carmen hablándole a Ana:

—¿Querés que tire las cartas?

Se dio vuelta y vio que acababa de abrir el mazo en abanico sobre la mesita.

—Podés preguntar lo que quieras.

Ana no contestaba.

—¿Querés que le preguntemos algo sobre este asunto?

Ana seguía mirándola como si no entendiera.

—¿Qué asunto? —preguntó por fin.

—Sobre los tipos que están ahí abajo.

Carmen mezcló.

—¿Querés que le preguntemos si esos tipos están ahí por alguno de nosotros?

Dio vuelta tres cartas. Hizo una pausa larga, meditó y después fue dando vuelta varias más. Cuando pareció haber concluido miró a Ana,

enarcó las cejas y movió la cabeza en un gesto que podía interpretarse como una afirmación. Tomó un trago de licor. Volvió a mezclar.

—¿Querés que le preguntemos si alguno de nosotros está en peligro?

Esperó la respuesta y al no recibirla empezó a distribuir de nuevo las cartas sobre la mesa, ahora formando un círculo. La operación fue más extensa que la anterior y tuvo que reordenar las cartas para hacer espacio. Cuando el círculo estuvo cerrado respiró hondo y probó el licor. Frotó con la punta de los dedos de la mano derecha el lomo del mazo que sostenía en la izquierda. La pausa, la actitud, sugirieron que la siguiente sería una carta clave. La dio vuelta y la colocó en el centro. Echó un poco el cuerpo hacia atrás y sus ojos buscaron los de Ana. Estuvo así y el silencio se hizo largo. Por fin, Ana, exigida siempre por los ojos de Carmen, preguntó:

—¿Qué dicen?

Carmen empezó a hablar pero no pudo decir más que un par de palabras porque Pablo se acercó y la interrumpió:

—Por qué no se dejan de joder.

Entonces Ana salió de la pasividad y se paró. Tenía los brazos duros contra el costado del cuerpo y los puños apretados.

—Me quiero ir —dijo.

Pablo la tocó y trató de calmarla:

—Está bien, tranquilizate, esperá un momento.

—Me quiero ir ya. Abrime la puerta del departamento para sacar el tapado y la cartera.

—Está bien, ya nos vamos.

—Juntos, no.

—Bueno, si querés bajamos separados. Andate vos primero.

—Abrime.

Pablo fue a abrir. Ana entró y salió inmediatamente con el tapado y la cartera. Pablo la sujetó de un brazo.

—Tranquila, no pasa nada.

—Dejame ir.

—Arreglemos dónde nos vamos a encontrar.

—¿Dónde?

—¿Querés que nos encontremos en tu casa?

—No. En mi casa, no.

Pablo seguía reteniéndola del brazo. Ella intentó zafarse.

—Pará, calmate —dijo él—. ¿Te parece bien en el bar de ayer?

—Bueno.

—¿Querés que te acompañe hasta abajo?

—Voy sola.

Se desprendió y encaró la escalera.

—Casi seguro que ese bar está cerrado —alcanzó a decirle Pablo antes de que se perdiera—, igual encontrémonos ahí y después nos vamos a otro lado.

Regresó a la ventana y esperó. Le habló a Carmen sin mirarla:

—Tampoco ahora se movieron. Carmen seguía con las cartas, las manejaba con una sola mano, en la otra sostenía la copita de licor. Dijo:

—¿Querés preguntar algo?

Pablo no le contestó. Fue a cerrar con llave la puerta de su departamento y regresó:

—Me voy yo también.

—¿Seguro que no querés preguntar?

—Ahora no. Haceme el favor, fíjate de nuevo. Después te llamo.

15

Llegó al bar y como había supuesto lo encontró cerrado. Ana no estaba. Quizá no había querido detenerse a esperar en la mitad de la cuadra vacía y andaría dando vueltas por ahí cerca. Miró a través del vidrio el interior del local en penumbra. Las sillas estaban sobre las mesas. Recordó la tarde anterior, el partido en la radio y la pelea en la vereda. Pensó que habían ido a parar al mismo sitio, más o menos a la misma hora y cuando ella llegara volverían a hablar de lo mismo. La situación se repetía casi calcada, lo angustió esta evidencia y deseó que Ana apareciera rápido para marcharse a otra parte. Caminó varias veces hasta ambas esquinas. Había poca gente en las calles. Comenzó a impacientarse. Ya estaba dudando de que ella viniera cuando la vio doblar. Avanzaba despacio, mirando el suelo. Pablo fue a su encuentro:

—¿Qué pasó que tardaste tanto?

—Caminé un poco.

Ya no se la veía alterada, sino grave y agotada, como si hubiese llegado al límite de algo.

—¿Para dónde preferís que vayamos? —le preguntó Pablo.

Ella no le contestó.

—¿Tomamos un café por Corrientes?

Ana sacudió la cabeza:

—No.

Pablo se quedó mirándola.

—No voy a quedarme —aclaró ella.

—No entiendo.

—Vine a avisarte que me voy.

—¿Adónde vas?

—Para mi casa.

La voz de Ana era una mezcla de cansancio y determinación. Pablo no supo qué decir. Resultaba evidente que la ida al departamento de Ana no lo incluía. Y no tenía sentido recordarle que habían programado pasar la tarde juntos y ver el partido.

—¿No querés que hablemos?

—¿De qué?

—De esta situación.

—No quiero hablar más de nada.

Pablo se quedó sin argumento, después volvió a intentar.

—Caminemos un poco antes de irte.

—No quiero quedarme.

—Unas cuadras.

Ella aceptó en silencio. No tomaron para Corrientes, sino al revés, hacia Plaza San Martín. Pablo la miró de reojo un par de veces antes de decidirse a decir algo:

—Ya viste: ni cuando salí ni cuando volví los tipos se movieron. Cuando te fuiste vos, tampoco.

—¿Entonces?

—Entonces no pasó nada.

—¿Qué significa que no se movieron? No creo que sean tan idiotas como para hacer exactamente lo que uno espera que hagan.

Pablo admitió:

—Eso es cierto. Idiotas no son. De todos modos no hubo ni la más mínima señal.

—Tu vecina dice que los vio seguirte.

—No dijo que me siguieron a mí. Le pareció que fueron para el mismo lado. Además, ya te diste cuenta de lo que es Carmen. Y más con media botella de licor encima. Puede llegar a ver cualquier cosa.

—Los tipos están ahí.

—Sí, es verdad. Pero vuelvo a repetir lo mismo que vengo diciendo desde ayer: si de algo estoy seguro es que no están ahí por mí.

Anduvieron un trecho en silencio. Tratando de que su voz sonara serena, Pablo agregó:

—Así que no pienso preocuparme más.

Y después:

—Basta.

Y un poco más adelante:

—Y vos tampoco me des más manija con este asunto.

Todo el tiempo había hablado bajo, como con desgano. Ahora Ana lo miró sorprendida y sonrió:

—¿Yo te doy manija? ¿Decís que yo te doy manija? ¿Vos te viste la cara cuando entraste con los alfajores?

También ella habló sin énfasis. Pablo no dijo nada y siguieron caminando. De tanto en tanto Ana se daba vuelta para mirar hacia atrás.

—¿Qué buscás? —preguntó Pablo.

—Un taxi.

—¿Qué apuro tenés?

—Me quiero ir.

Cuando llegaron a Santa Fe apareció uno libre y ella lo paró. Besó a Pablo en la mejilla y se fue. Pablo se quedó mirando la nuca de Ana detrás del vidrio del auto que se alejaba y se dijo que ese mismo gusto tenían las despedidas definitivas.

Subió por Santa Fe, cruzó Callao y después Pueyrredón. En algún momento pensó que en cuanto encontrara un bar con televisión se metería a ver el partido. Pero no dio con ninguno abierto. Se apartó de la avenida. Las calles estaban cada vez más vacías, había un silencio de cementerio y llegó el momento en que tuvo la sensación de ser el único caminante en toda la ciudad. De nuevo se sintió cansado y cuando desembocó en una plaza fue a sentarse. El banco era de piedra, hacía frío y fumó un cigarrillo tras otro. Había comprado dos atados para él, se había quedado también con el de Ana, así que no corría el riesgo de que se le terminaran. Cerca, en un cantero, un caño perdía agua y lanzaba chorros hacia arriba con soplidos intermitentes que le hicieron pensar en el bombeo de un corazón. Se había formado un gran charco sobre el que navegaban algunas hojas secas empujadas por la brisa. Pablo giraba la cabeza para mirar alrededor y fantaseó con que se encontraba lejos, en otras tierras y otros tiempos, en una ciudad desconocida, abandonada o vaciada por una peste. Pero si miraba hacia arriba podía ver las ventanas y los balcones y sabía que detrás de cada uno había televisores encendidos.

Una paloma vino volando y se detuvo en el respaldo del banco. Estaba tan cerca que podía tocarla con mover apenas la mano. Se entretuvo estudiando el movimiento inquieto de su cuello y las tonalidades cambiantes de las plumas. De pronto el aire vibró y la paloma se fue. Había sido una explosión sorda, como una bomba de profundidad, y Pablo supo que

Argentina había hecho un gol. A continuación se abrieron las ventanas, algunas personas salieron a los balcones y por un momento la calma se alteró con los gritos y el agitar de banderas. Inmediatamente la gente volvió a ocultarse y sólo quedaron los edificios grises contra el cielo denso.

Pablo permaneció ahí, escuchando el silencio y el gorgotear del agua hasta que el frío lo echó. Salió de la plaza y siguió andando, alejándose siempre del centro. No hubo otras señales que le indicaran cómo andaban las cosas entre Argentina y Holanda. Volvió a detenerse cuando oyó la voz de un locutor transmitiendo el partido. Del otro lado de la calle había una gomería con el frente pintado a franjas rojas y negras y la cortina levantada. Pablo cruzó y miró para adentro. Al fondo, en la penumbra, sentado sobre un banquito y recostado contra una pila de cubiertas había un hombre gordo con un mate en la mano. Tenía una estufa eléctrica al lado y, sobre otro banquito, una radio.

—Permiso —dijo Pablo.

Pero no se atrevió a pasar y se apoyó contra el marco de la entrada. El hombre lo miró serio y no dijo nada. El locutor estaba afónico y Pablo se enteró de que el tiempo reglamentario había terminado 1 a 1 y ahora vendrían los treinta minutos suplementarios. El gordo le pegó una chupada al mate, lo dejó a un costado y dijo:

—Ahí empieza.

Pablo avanzó un paso y entonces el hombre colocó la radio en el suelo y le ofreció el banco.

—Siéntese.

—Gracias.

El gordo le convidó un cigarrillo. Eran negros.

—Fumo rubios —dijo Pablo y sacó su propio atado. El gordo le dio fuego.

—Gracias.

Arrancó el suplementario. Aquél era un gordo calmo, no hablaba. Escuchaba el relato muy concentrado y su cara no expresaba nada. Miraba la radio con tanta intensidad como si viera imágenes en ella. Mantuvo el cigarrillo entre los labios hasta que se le terminó y después dejó caer el pucho al suelo y lo pisó de memoria, desplazando apenas la punta del pie y sin levantar el talón.

Cuando Kempes marcó el segundo gol argentino y la ciudad volvió a vibrar, el cuerpo del gordo sufrió una sacudida breve, igual que si lo hubiese rozado un cable con electricidad. Luego, mirando a Pablo, susurró:

—Kempes.

Soltó el nombre en un suspiro, con reverencia y misterio, como si nombrara a un dios.

—Sí —dijo Pablo.

No hubo más comentarios hasta el siguiente gol de Argentina. Entonces el gordo pareció distenderse un poco, cambió de posición en el banco y comentó:

—Ya está.

Prendió un negro, volvió a convidar y esta vez Pablo aceptó. Poco después terminó el partido y el gordo se golpeó el muslo con la mano abierta:

—Bien hecho.

Ahora el estruendo de las voces en la radio y el de los edificios y las casas del barrio era uno solo. La penumbra de la gomería palpitaba. Pablo se quedó todavía un rato sentado. Convidó un rubio. Se levantó y agradeció una vez más.

—Que le vaya bien —dijo el gordo.

Salió y se detuvo en la vereda. Hasta ahí le llegaba la voz afónica del locutor que no paraba de gritar: «Argentina, Argentina, nos tiran abrazos y besos los brasileños, ahí están aplaudiendo con lágrimas en los ojos los españoles y los italianos, gracias hermanos de América y del mundo, Argentina campeón, por merecimiento, a lo guapo, a lo gaucho, a lo argentino".

La gente estaba en las ventanas y en los balcones, golpeando las cacerolas y agitando las banderas. Llovían nubes de papelitos que el viento llevaba a lo largo de la calle.

16

En todas partes era la misma fiesta. Se armaban grupos en las esquinas, los vecinos se palmeaban y se abrazaban felicitándose como si cada uno hubiese participado en el triunfo. Montados en los hombros de sus padres, los chicos, todos con camisetas argentinas, se saludaban agitando banderitas de vereda a vereda. Varios hombres habían salido a la puerta de un bar y con las botellas en alto llenaban vasos de papel y convidaban a los que pasaban. También a Pablo le ofrecieron un trago. Agradeció desde enfrente, sin cruzar, y siguió andando. La animación iba creciendo y cuando comenzó a oscurecer dio la impresión de que la ciudad entera se hubiera lanzado a la calle. La gente se dirigía hacia el centro y Pablo comenzó a caminar en la misma dirección. Se habían formado compactas caravanas de autos, camionetas, camiones y colectivos fuera de servicio. El aire estaba lleno de banderas. Desde todas partes llegaba el mismo concierto de bocinas, trompetas, bombos y matracas. Los vehículos se movían a paso de hombre y la marcha se volvía todavía más lenta a medida que se acercaban a la avenida 9 de Julio. Algunas familias habían cargado en los autos a sus perros y a sus gatos y habían salido a celebrar. Los perros ladraban a través de las ventanillas. El piso estaba alfombrado de papeles y los árboles capados de cintas arrojadas desde las ventanas como en los festejos de fin de año. Pablo avanzaba junto a un camión. La caja del camión no tenía barandas y arriba había por lo menos veinte muchachos que cantaban y bailaban. Dos se habían sentado en el capot y dirigían la marcha soplando en unas largas trompetas de plástico que producían una especie de mugido. Hacía unas cuantas cuadras que venían a la par y Pablo se iba deteniendo para no dejarlos atrás. De tanto en tanto los muchachos callaban, se juntaban en el medio, deliberaban unos minutos y arrancaban con un cantito nuevo. Eran ocurrentes y contagiaban a los que caminaban cerca.

Algo pasó y todos los que iban en la caja saltaron al suelo. Uno de los dos muchachos sentados en el capot acababa de resbalar, se había caído hacia adelante y una rueda le había pasado por encima. El que manejaba venía mirando hacia otro lado y recién se dio cuenta cuando le avisaron. Durante largos minutos sólo hubo confusión, los muchachos no sabían qué hacer, corrían de acá para allá, pedían auxilio, hablaban todos juntos. Alguien gritó que debían buscar una ambulancia, otro le contestó que de dónde iban a sacar una ambulancia en medio de semejante embotellamiento. Finalmente decidieron cargar al accidentado en el camión y tratar de llegar a un hospital. Lo levantaron y lo acostaron en el piso de la caja. Pablo siguió la operación de cerca y se quedó junto al camión, esperando que arrancara. El muchacho no se movía. Aunque preguntó varias veces, Pablo no logró saber por dónde lo había pisado la rueda, si por las piernas o más arriba.

Varios de los muchachos recorrieron los autos que los precedían pidiendo espacio para poder llegar hasta la esquina, doblar y salir del atolladero. No iba a ser fácil, era un camión grande y las calles que dejaban el centro estaban tan atestadas como las que iban hacía allí. Alrededor seguían los bocinazos y los trompetazos. Hacia atrás y hacia adelante, los peatones y los que iban en los demás vehículos, salvo la media docena de autos que habían sido avisados, no se habían enterado de nada. Pablo seguía junto al camión. El muchacho accidentado estaba rodeado de piernas y apenas podía verlo. Permanecía siempre boca arriba, con los brazos abiertos. Alguno le hablaba, le hada preguntas, lo cual le hizo suponer a Pablo que se hallaba consciente. Las tablas estaban manchadas de sangre.

El camión encontró un poco de espacio y logró llegar hasta la esquina. Trató de doblar, subió a la vereda y quedó más atascado que antes. Ahora no podía ir ni para atrás ni para adelante. Dos de los muchachos se habían colgado de las puertas y agitaban trapos blancos gritando que les abrieran paso. Pero nadie reparaba en esas señales. Todo el mundo agitaba banderas, estandartes y camisetas. En una de las maniobras el camión tocó el guardabarros de una camioneta que también venía cargada de gente, siguió una andanada de insultos recíprocos y pareció que iba a producirse una batalla. Los del camión se enfurecían al no lograr hacerle entender a los otros que llevaban un herido. Por fin la camioneta se distanció un poco y el altercado se diluyó. Después de varios intentos el camión entró en la calle transversal. Pero todavía debía

conseguir llegar hasta la esquina siguiente, volver a doblar, tomar por la calle que lo sacaría del centro y avanzar trabajosamente muchas cuadras antes de llegar a una zona despejada.

Ahora Pablo no lo acompañó. Se quedó en la bocacalle, esperando para ver qué ocurría. El camión seguía maniobrando. De nuevo se había subido a la vereda y trataba de ganar metros. Pero iban pasando los minutos y parecía estar siempre más o menos en el mismo lugar. A Pablo le volvió la imagen de la cucaracha impotente en el fondo de la pileta. Aquel cuerpo herido con los brazos abiertos en cruz sobre el camión atascado, desangrándose en medio de la fiesta general, se le apareció como la representación de un sacrificio que los alcanzaba a todos, a cada uno de los que andaban ese anochecer en las calles. Pensó en una gran humillación. Pensó que ese camión nunca lograría llegar a un hospital.

Cuando Pablo decidió marcharse, el camión seguía allá en la mitad de cuadra, lejos todavía de la esquina. Llegó a la 9 de Julio y vio el Obelisco iluminado y los grandes carteles de publicidad en los edificios laterales. Hasta el fondo de la avenida era una masa de vehículos y cabezas que apenas se movían. Muchas camionetas y colectivos exhibían letreros con el nombre del barrio de donde provenían. Habían llegado desde todas las direcciones, oeste, sur, norte, para converger en esa plaza. Pablo giraba para mirar las caras alrededor y sentía que la ola que arrastraba a los demás lo envolvía también a él. Le hubiese sido fácil entregarse. En esa euforia todo perdía consistencia: identidad, voluntad, esperanzas, temores. Todo se diluía. Desde un parlante instalado en una columna, sonó atronadora la canción que decía: "Veinticinco millones de argentinos jugaremos el Mundial". Trató de imaginarse el espectáculo visto desde arriba, a vuelo de pájaro: la multitud festiva, con sus bocinas y sus trompetas. Se le antojó como una mascarada demente en el patio inmenso de una cárcel. Cruzó la avenida y se dirigió a paso lento hacia su casa, a contramano de la gente que seguía fluyendo hacia el Obelisco.

17

El edificio seguía a oscuras. En la puerta del ascensor había una hoja pegada y escrita a mano que decía: CORTE DE LUZ. El portero había encendido velas y la escalera tenía un aspecto tétrico con las llamitas oscilando cada tanto y las sombras moviéndose en las paredes. El silencio repentino contrastaba con la actividad y las luces de la calle y, mientras subía, en la cabeza de Pablo volvieron a agitarse las amenazas de las últimas horas.

Llegó al tercero, levantó una de las velas del piso, abrió su departamento y espió hacia adentro intentando constatar si todo estaba como lo había dejado. No podía ver gran cosa desde ahí y con esa luz escasa. Cuando cerró, el golpe seco a sus espaldas le produjo al mismo tiempo la sensación de seguridad y la de quedar atrapado.

Con la vela en alto cruzó el ambiente y reconoció el desorden de siempre. Se detuvo ante el placard cerrado. Su mano vaciló en el momento de tocar la manija. Después, cuando abrió las dos hojas de la puerta y se enfrentó con la ropa colgada y las camisas sucias rebalsando del canasto de mimbre, se sintió tonto.

Pero siguió inspeccionando. No había mucho para recorrer. Se agachó, apoyó una rodilla en el suelo *y* miró debajo de la cama. Imaginó su aspecto en esa posición, volvió a sentirse idiota y pensó que por suerte no había nadie que pudiera verlo.

Fue al baño. La cortina de plástico que tapaba la ducha estaba corrida de pared a pared. Se oía el goteo de una canilla. Estiró el brazo, dudó y finalmente la abrió con un movimiento brusco. Vio los azulejos manchados, la toalla colgada, el jabón en el piso.

—¿Qué estoy haciendo? —se dijo a media voz—. Me estoy volviendo loco.

Se miró en el espejo, se pasó las manos por el pelo, por las mejillas con barba de dos días, por las ojeras acentuadas por la luz de la vela y murmuró:

—La cara de un hombre asustado.

Se asomó a la cocina. En la mesada estaban la caja de fideos abierta, las velas y los dos alfajores que había comprado para Ana. Sobre las hornallas, la cacerolita con el tuco y la olla con el agua. Abrió el paquete de velas y colocó una en el pico de una botella vacía. Se sirvió medio vaso de vino, fue a encender la estufa y se sentó en el sillón. Le llegaron algunos bocinazos y pensó que la fiesta en la calle seguiría hasta el amanecer.

Uno de los cuadros colgados en las paredes era una acuarela de gran tamaño pintada por Ana. Un vértigo de formas y colores como un paisaje visto desde el cielo. A Pablo le gustaba ese trabajo. Solía ocurrirle que, tirado en el sillón, con el vaso de vino en la mano, escuchando música, mientras se mareaba poco a poco, se abandonaba a las sugerencias de ese laberinto. Descubría figuras y personajes que variaban según la hora y la luz, y les inventaba historias. Estuvo mirando la acuarela en penumbra durante un rato pero esta vez el juego no funcionó. Se dijo que lo esperaba una noche larga.

Algo lo sacudió y tardó unos segundos en advertir que había vuelto la electricidad. Se había encendido la luz de la cocina y el motor de la heladera había hecho ruido al arrancar. Frente a él la pantalla del televisor parpadeaba en silencio. La primera reacción de Pablo fue de alarma. Fue como si acabaran de descubrirlo. El resto del departamento seguía a oscuras y no se levantó para encender más luces. Tampoco apagó las velas. Las imágenes de la pantalla se definieron y aparecieron los tres comandantes en jefe entregando la copa al capitán del seleccionado y estrechando la mano de los jugadores que iban desfilando ante el palco de honor. Luego hubo varios enfoques del equipo dando la vuelta olímpica con algunos jugadores llevados en andas. A continuación vinieron los tres goles. Después, tomas aéreas del estadio y de las tribunas tapadas por la tupida nevada de papelitos. Nuevamente los comandantes y la entrega de la copa.

Todo el tiempo se repetían las mismas escenas. Pablo las miraba paralizado y con la mente en blanco. Sabía que en algún momento su cabeza volvería a funcionar normalmente y acudirían pensamientos que le permitirían establecer distancia e independizarse de las figuras de la pantalla. Pero ahora estaba sometido. Era puro vacío mental y estupor.

La copa pasaba de mano en mano, alta sobre las cabezas de los jugadores, con el delirio de las tribunas y su oleaje de banderas alrededor. Pablo la veía brillar en los disparos de los flashes y tuvo la imagen de un trofeo cargado de veneno ofrecido a los ochenta mil espectadores del estadio y a los otros millones que como él veían una y otra vez la ceremonia por la televisión.

De pronto, así como había venido, la luz se cortó y el departamento volvió al silencio y a la sombra de las velas. Entonces, lo que apareció no fue la capacidad de reflexión postergada, los razonamientos que había estado esperando para rescatarse a sí mismo del vacío. Sino, aun más que antes, la sensación de desamparo e impotencia. Y el miedo. Fue como si sintiera miedo por primera vez en su vida. O como si todos los miedos de su historia resurgieran y se concentraran en uno solo y en ese momento.

Le costó abandonar el sillón. Cuando lo logró fue a buscar un bolso en el placard. Estaba en un estante alto y tuvo que subirse a una silla. Metió un poco de ropa: tres camisas, un pantalón, un pulover, medias, calzoncillos. El cepillo de dientes y la maquinita de afeitar. Dos libros. Metió también la máquina de escribir portátil. Por último la libreta de direcciones. En la libreta tenía algo de dinero y se lo guardó en el bolsillo.

Hubiese querido moverse rápido para irse cuanto antes, pero no lo lograba. Una voz en su cabeza daba órdenes y exigía que se apurara, pero sus brazos y sus piernas no le respondían y se desplazaba en cámara lenta. Podía percibir ese comportamiento de su cuerpo como una manera de descontrol. Un descontrol quieto. Era similar al intento de huida en los sueños o ciertos estados de resaca a la mañana siguiente de una borrachera. Seguía dando vueltas por el departamento esforzándose por pensar si debía llevarse otras cosas y al mismo tiempo se decía: "Basta, hay que irse, vámonos ya". Por fin cerró el bolso.

Antes de salir desenchufó el televisor, apagó la estufa y accionó el interruptor de luz de la cocina. Volvió a demorarse en la puerta, mirando hacia la oscuridad del departamento, con la certeza de que estaba olvidando algo importante, aunque no pudo saber de qué se trataba. Se había llevado una de las velas para alumbrarse pero después la dejó en el piso del pasillo porque las de la escalera seguían ardiendo. Una vez más cruzó la puerta del edificio y se lanzó a la calle como un perseguido.

18

Afuera seguía la misma euforia y Pablo se sorprendió como si se hubiera olvidado que la ciudad estaba festejando. Tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo desde su regreso al departamento, pero en realidad no debió haber sido más de una hora. Permaneció en la vereda, indeciso y un poco mareado, mirando alrededor, estudiando la gente que pasaba y tratando de detectar algún movimiento extraño. Quería irse de ahí, pero todavía lo dominaban la lentitud mental y la torpeza física de momentos antes, y no conseguía decidir si arrancar para la derecha o para la izquierda. Optó por bajar hacia la avenida Leandro Alem porque calculó que le sería más fácil encontrar algo que lo sacara del centro. Esperó el cambio de semáforo y después, mientras cruzaba delante de los faros de los autos, sintió que así, llevando el bolso, estaba más en evidencia que nunca. Del otro lado había varias paradas de colectivos, cualquiera le serviría. Pero no venía ninguno, se puso inquieto y empezó a caminar. Apareció un taxi y lo tomó. Ya había decidido que se iría de la ciudad, pero no se hizo llevar a la estación de trenes. Por el momento quería alejarse de su departamento y del barrio. Subió y dijo:

—Derecho.

Arrancaron y se dio vuelta para observar por el vidrio el movimiento de los autos que venían atrás. Había mucho tránsito, imposible determinar nada. Anduvieron un rato y oyó la voz del chofer:

—¿Siempre derecho?

Pablo le dio una dirección cualquiera, una esquina: Laprida y Santa Fe.

—¿Por dónde quiere que tomemos?

—Por donde le guste más.

Le había contestado sin dejar de mirar por el vidrio trasero. Había por lo menos cuatro vehículos que venían manteniéndose detrás de ellos

desde que habían arrancado. Pablo se esforzaba por no perderlos, pero las luces lo encandilaban, por momentos se le escapaban y después volvía a encontrarlos. El chofer insistió:

—¿Subimos en la próxima?

—Está bien.

—Siempre consulto porque a veces el pasajero tiene sus preferencias.

—Me da lo mismo —dijo Pablo.

La radio del taxi estaba encendida con el volumen bajo, transmitía desde el Obelisco, se oían las bocinas.

—El país entero en la calle —dijo el taxista.

—Sí —dijo Pablo.

—No debe haber quedado nadie en su casa.

—Nadie.

—Esto se ve una sola vez en la vida.

—Sí —volvió a decir Pablo con la esperanza de que ahí terminara la conversación.

Doblaron, volvieron a doblar, se metieron por dos calles poco transitadas y entonces pudo ir descartando autos y finalmente creyó estar seguro de que ninguno los seguía. De todos modos no dejó de vigilar.

Llegaron a Laprida y Santa Fe. También acá la avenida era un concierto de bocinas. Pablo esperó que el taxi se marchara y anduvo unas cuadras regresando por Laprida, caminando en dirección contraria al tránsito, porque de esta manera, si alguien pretendía seguirlo, solamente podría hacerlo a pie. Dobló y se detuvo en la vidriera de una camisería para dejar pasar a un tipo que había doblado detrás de él. Vio una silueta desplazarse en el espejo que estaba dentro de la vidriera y esperó que el hombre se alejara. Un colectivo acababa de detenerse para que bajara gente y estaba arrancando de nuevo del otro lado de la calle. Pablo cruzó, corrió a la par del colectivo y alcanzó a saltar cuando tomaba velocidad. Tenía la mano derecha ocupada con el bolso, quedó mal parado en el estribo, estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse de espaldas sobre el asfalto. El conductor lo miró furioso y cuando Pablo consiguió afirmarse y subió los dos escalones le dijo:

—En realidad ahora tendría que hacerlo bajar.

Lo castigó obligándolo a esperar a su lado, con el dinero en la mano, durante más de una cuadra, antes de cortarle el boleto. Por fin Pablo pudo

pagar y se dirigió hacia el interior del colectivo. Oyó que el chofer decía en voz alta, para que los pasajeros escucharan:

—Después hay que pagarlos por buenos.

Pablo fue a sentarse al fondo y a la tercera o cuarta parada bajó mezclado con un grupo de chicas y muchachos que habían estado cantando estribillos alusivos al Mundial. Vio venir otro colectivo por una de las calles transversales y volvió a correr haciéndole señas. Logró que parara y al subir agradeció. Lo dejó unos minutos después, cuando cruzaron avenida Las Heras, a la altura del terreno donde había estado la cárcel. Acá también, como en todos los rincones de la ciudad, se celebraba.

Resolvió que había llegado el momento de irse a la estación de trenes. No quería seguir gastando en taxis e ignoraba si tenía algo directo desde ahí. Les preguntó a una pareja y a una mujer y no le supieron decir. Tomó el primer colectivo que apareció y consultó con el chofer. Bajó en Azcuénaga y buscó la parada del 92. Tuvo que esperar bastante. Por la esquina pasó un patrullero y le recordó que estaba asustado. Finalmente apareció el colectivo. Subió, se acomodó en un asiento al fondo y pensó: "Con tantas vueltas y precauciones, imposible que alguien haya podido seguirme". De inmediato se vio como la triste caricatura de algunos personajes de películas, se dio lástima y se dijo: "Lo que debería hacer es volver ahora mismo a mi departamento y dejarme de joder". Pero siguió hasta Retiro.

Entró en el hall de la estación y fue a pararse junto a un quiosco de diarios desde donde se podía ver el tablero con los horarios de los trenes de larga distancia. Tomaría el primero que saliera, no importaba el destino. Había uno dentro de veinticinco minutos a Córdoba: andén 4. En la libreta tenía un par de teléfonos de gente conocida en Córdoba. Veinticinco minutos le pareció una espera interminable y cuando fue a sacar boleto preguntó si el tren saldría a horario. El empleado de la ventanilla le dedicó una amplia sonrisa de complicidad.

—Por supuesto, campeón —dijo.

Pablo hizo una pasada frente al ingreso del andén 4, el tren ya estaba, pero decidió que no lo abordaría hasta último momento. Cruzó el hall en dirección a los baños. Había mucho movimiento y las voces zumbaban en un gran murmullo uniforme contra la bóveda. En el baño, en cambio, la actividad era silenciosa, idas y venidas y un clima como de

conspiración. El único ruido era el del agua de los mingitorios. Pablo orinó girando la cabeza a derecha e izquierda para mirar sobre sus hombros.

Después fue a sentarse en la confitería. Eligió una mesa al fondo, lejos de la entrada. Pidió un café y pagó apenas se lo trajeron. Detrás del mostrador había un enorme reloj de pared. A través de un espejo, Pablo se dedicó a estudiar las personas de las mesas cercanas. Una mujer sentada sola le guiñó un ojo, también a través del espejo, y Pablo ya no miró en esa dirección. Por la puerta entraba y salía gente sin parar. Llegó el momento en que todas las caras comenzaron a parecerle sospechosas y pensó que no había lugar más amenazador que una estación.

Del otro lado de la vidriera que daba a la calle se veía la Torre de los Ingleses y más allá, frente a la loma de Plaza San Martín, un tramo de avenida por donde seguían pasando vehículos y banderas. Su departamento no estaba lejos. Igual que en el colectivo, se dijo que tal vez debería regresar. Le bastaba andar unas pocas cuadras. Consideró la posibilidad, pero sabía que no lo haría. Cruzar aquel espacio abierto y luego recorrer la recova y finalmente subir en la oscuridad de la escalera y quedarse allá a la luz de una vela era una idea que le causaba pánico.

Sobre el gran cuadrante blanco del reloj las agujas no avanzaban nunca. Pablo pensó que en algún momento, cuando llegara a alguna parte, debería hacer unos llamados. Por lo pronto debía comunicarse con González, el que le encargaba las colaboraciones en la revista, y avisarle que no estaba en Buenos Aires. También trataría de hablar con Ana. Y tal vez con Carmen. En realidad, podía hacer esos llamados ahora. Pero estaba demasiado pendiente del correr de los minutos y el tiempo que faltaba para tomar el tren. Lo importante era irse. Todo el resto podía esperar.

En la pared vio moverse una de las agujas del reloj. Tomó las manijas del bolso, pero todavía no se levantó. Se impuso esperar un poco más. "Hasta el próximo desplazamiento de la aguja", se dijo. Ya no separó los ojos del cuadrante.

Se paró, salió de la confitería, cruzó el hall con paso lento, ingresó en el andén, subió al tren y caminó por adentro hacia la locomotora. Se detuvo en un vagón con poca gente y ocupó un asiento del lado de las ventanillas que no daban al andén. Ahora fijó la mirada en el reloj pulsera y siguió el recorrido del segundero: "Ya es la hora". Se oyó el silbato de partida y el tren comenzó a moverse. "Justo", pensó Pablo.

19

La estación quedó atrás y luego Pablo vio las luces de la ciudad mientras el tren corría en lo alto de un terraplén. No había calefacción, se había acurrucado contra la ventanilla y mantenía las manos en los bolsillos de la campera. Sentía en el cuerpo el traqueteo de la marcha como un mensaje de seguridad. Por ahora no importaba más que eso: la certeza de la carrera, la distancia que aumentaba.

Después la ciudad y los suburbios se perdieron y allá afuera la noche se movió con sus grandes masas de sombra. El tren ganaba kilómetros y Pablo permanecía suspendido en esa tierra de nadie. Miraba la noche veloz a través de su propia figura reflejada en el vidrio. El tren y él cavaban dentro de la oscuridad un túnel que se iba cerrando detrás a medida que avanzaban. Hubiese querido dormir para que la entrega fuese completa y poder deslizarse hacia las horas futuras sin que nada dependiese de él. Todavía no era tiempo de pensar. No quería pensar.

Hasta que en algún momento la incomodidad de su cuerpo lo reclamó. Sintió el frío y el cansancio. Le dolía la espalda. Sintió hambre. Hacía mucho que no comía nada. Tal vez pudiese comprar un sándwich en el tren. También apareció la pregunta inevitable: ¿Qué hago acá? Y entonces se vio como lo que era, un hombre huyendo, humillado por el miedo, perdido en alguna parte.

Apartó los ojos de la noche y echó una mirada al interior del vagón. Estaba muy iluminado y todo era ocre y blanco. Había pocos pasajeros. Un matrimonio con un chico. Cuatro muchachos que jugaban al truco. Tres monjas. Una pareja mayor.

Descubrió, allá adelante, del otro lado del pasillo, sentado de espaldas a la marcha y por lo tanto enfrentado a él, un hombre que leía el diario. El diario le tapaba la cara. Al dar vuelta las páginas lo bajaba un poco. El hombre era grueso, de cejas tupidas y rasgos de bulldog. Tenía

puesto un sacón verde oscuro. Pablo estuvo seguro de que lo había estado mirando.

Sintió que volvía la sensación de náusea y a partir de ese momento sólo estuvo pendiente de aquel tipo. ¿Ya estaba ahí cuando él se sentó o había llegado después? Si había aparecido después tuvo que ser inmediatamente detrás de él, porque él había subido al tren sobre la hora, casi en el momento de arrancar. Trató de hacer memoria. Imposible saberlo ahora. ¿Por qué el tipo se había ubicado al revés si sobraban asientos?

El hombre del diario se movió, dio vuelta una página y Pablo creyó percibir que de nuevo aquellos ojos lo buscaban. No se atrevió a enfrentarlos y mantuvo la vista fija arriba, en un punto al fondo del vagón. La cara del hombre volvió a quedar oculta y Pablo sólo vio el gran titular que decía: "Argentina campeón". Y abajo: "Le ganamos al mundo".

El tren seguía avanzando pero ya nada era igual. La tregua, el abandono, habían desaparecido y Pablo fue otra vez el nudo de tensiones de los últimos dos días. Aquello que había pretendido dejar atrás con la velocidad y la distancia acababa de alcanzarlo y viajaba con él a través de la noche. Ahora no podía hacer otra cosa que quedarse quieto, mantenerse alerta y esperar. Trataba de adivinar los movimientos del tipo detrás del diario. Entrecerró los ojos como si estuviera dormido para poder espiarlo cuando se mostrara al dar vuelta las páginas.

Había otro hombre solo, a la altura del que leía el diario, de este lado del pasillo, sentado en el sentido de la marcha del tren. Pablo no podía verle más que la nuca asomando del respaldo. Eran los dos únicos pasajeros en esa zona del vagón.

Pasó el guarda y anunció las próximas tres estaciones. Pablo no entendió los nombres, de todos modos estuvo seguro de que nunca los había oído. Dos de los muchachos que jugaban a las cartas gritaron levantando los brazos y se felicitaron mutuamente. El chico dijo que tenía hambre y el padre bajó un bolso del portaequipaje y sacó un paquete de galletitas. Una de las monjas leía un libro y las otras dos mantenían los ojos cerrados y parecían rezar.

Allá al fondo el hombre dejó el diario a un costado, se levantó y, bamboleándose, tomándose de los respaldos, avanzó por el pasillo. "Va al baño", dedujo Pablo. Cuando pasó, percibió que giraba la cabeza para mirarlo a él y —le pareció— también al bolso que estaba a su lado, sobre el asiento. Oyó a sus espaldas el golpe de la puerta del vagón al cerrarse.

Ahora de nuevo Pablo se estaba esforzando por pensar rápido. Corrió el cierre relámpago del bolso, sacó la libreta de direcciones y la guardó en el bolsillo interior de la campera. Cerró el bolso y esperó. Oyó la puerta golpear otra vez y el tipo pasó rumbo a su asiento. Pablo pudo observar su espalda que era ancha y un poco encorvada. Las manos que se apoyaban en los respaldos eran velludas. Le pareció que en el momento de sentarse el tipo le echaba una mirada al que estaba frente a él, cruzando el pasillo. El otro hizo un movimiento como para darse vuelta, se corrió en el asiento y mostró el perfil. Tenía bigote. ¿Estaban juntos?

Sonó el silbato de la locomotora. Dos veces. Pablo dejó pasar unos minutos. Después se levantó y al hacerlo desplazó un poco el bolso hacia la punta del asiento que daba al pasillo, de manera que quedara bien a la vista. Se fue en la misma dirección en que antes había ido el tipo. El baño estaba ahí nomás, detrás de la puerta. Entró, corrió el vidrio del ventilete y vio pasar un vértigo de ramas negras y atrás, lejos, un resplandor que podía ser un incendio. Le pareció que el tren aminoraba la marcha.

Salió del baño. La puerta del vagón tenía un vidrio redondo, como un ojo de buey, a la altura de la cabeza de una persona. Pablo comprobó que, moviéndose de costado y agachándose apenas, podía irse en sentido contrario sin que lo vieran desde el interior. Pasó al vagón siguiente y lo recorrió con paso rápido. También ahí había poca gente. Cruzó dos vagones más. Salió a la plataforma y se asomó. Vio algunas luces al fondo de la noche. Unos minutos después el tren se detuvo en una desolada estación de campo. Había tres personas esperando, dos subieron y una se quedó. El tren arrancó. Pablo, tomado del pasamanos, se mantuvo en el escalón hasta que el vagón llegó al extremo del andén y entonces saltó.

20

Miró el tren alejarse en la noche y pensó en su bolso. Lo único que lamentó fue haber perdido la máquina de escribir. Cuando se dio vuelta no había nadie en el andén. La estación era un galpón con paredes de ladrillos y techo de chapas. Las puertas estaban cerradas y las luces interiores apagadas. Dos faroles altos, uno en cada punta, iluminaban la plataforma y las vías. Enfrente se veían otros galpones, un silo, un tanque de agua. Pablo rodeó la construcción y salió a una explanada de pedregullos, bordeada de ligustros y con un mástil sin bandera en el centro. El pedregullo crujió bajo sus pies. Salió a un callejón de tierra sin iluminación. Vio los focos traseros de un coche que se alejaba hacia la izquierda y dedujo que por allá estaría el pueblo. No debía ser gran cosa a juzgar por la estación. No se había fijado en los letreros del andén, por lo tanto ignoraba cómo se llamaba el lugar. Hacía cada vez más frío y se subió el cuello de la campera. Golpeó los pies en el suelo. La tierra del camino estaba congelada. Pensó en su departamento, en la ciudad de fiesta, y era como si esas imágenes surgiesen de un tiempo lejano y perdido para siempre. Comenzó a caminar. Anduvo un rato sin que aparecieran señales de casas. Hacia ambos costados sólo se extendían masas de árboles negros. Un pájaro nocturno cruzó el camino. La luna no estaba por ninguna parte pero igual había un poco de claridad en el cielo y en el campo. Vio alambrados a los costados y las siluetas quietas de algunos animales: vacas, caballos. Se detuvo. Se preguntó si le convenía seguir adelante un poco más o regresar hacia la estación *y* probar para el otro lado. Prendió un cigarrillo y se quedó mirando el brillo helado de las estrellas mientras advertía que habían comenzado a ladrar unos perros.

Esta edición de 2.500 ejemplares
se terminó de imprimir en
Buenos Aires Print
Anatole France 570, Sarandí, Buenos Aires,
en el mes de julio de 2008.